EL COYOTE 2, LA VUELTA DEL COYOTE
JOSÉ MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com



Capítulo primero

La justicia de los hombres del Norte

Juan Olegario Zamiza estaba apoyado en el mostrador del bar y bebía a lentos sorbos el contenido de un grueso vasito.

-¿Bueno el ron? -preguntó el hombre que estaba junto a él.

-Muy bueno, señor Perkins -replicó Zamiza.

-Si vendes tu campo, podrías beber tanto ron como te apetezca -siguió el llamado Perkins.

Era un hombre alto, recio, de rostro anguloso, ojos azul frío, manos fuertes, que apoyaba alternativamente en el mostrador de caoba o en las culatas de sus revólveres.

Zamiza era el tipo clásico del mestizo californiano, con más sangre india que blanca, pero lo bastante civilizado, por su educación en las misiones, para considerar como superiores suyos a todos los blancos puros.

-Este año va a ser de buena cosecha, señor Perkins -dijo-. No me interesa vender las tierras.

-Te pago quinientos dólares oro por ellas.

-Cuando recoja el vino me pagarán en San Francisco doscientos cincuenta por todo.

-Puedo darte seiscientos dólares.

-No, señor Perkins, no quiero vender. No necesito dinero. Mis títulos están en regla y ya no me pueden quitar lo que es mío.

Perkins miró despectivamente a Juan Olegario, mientras éste acababa de beber el ron. La calma que emanaba del norteamericano resultaba más amenazadora que si el hombre hubiera proferido amenazas e insultos.

-Nadie quiere quitarte nada, Zamiza -declaró Perkins-. Y yo menos que nadie. Sólo quiero comprar tus tierras porque están junto a las mías. Tú puedes comprar otras más apartadas. Sólo te costarán cien dólares y podrás comprarte, incluso, un buen caballo.

Perkins conocía el anhelo del mestizo. Poseer un buen caballo era el deseo de todos los californianos; pero entonces aún no abundaban los buenos caballos, y aunque no costaba mucho adquirir un animal de clase inferior sólo utilizable para las labores campestres, en cambio era muy costosa la adquisición de un caballo resistente y veloz.

-Yo no puedo concederme el lujo de comprar un buen caballo -sonrió Juan Olegario, mientras alargaba la mano hacia el vaso que el propietario de la taberna había vuelto a llenar de espeso y oscuro ron.

-¿Por qué no? -preguntó Samuel Perkins-. Si vendes tus tierras...

-Aunque las vendiera, necesitaría todo el dinero para comprar las otras tierras y levantar la casa...

-Es verdad; pero yo te ofrezco mucho. Seiscientos dólares de oro y...

Sam Perkins calló un momento, como si luchara con una súbita idea. Al fin preguntó:

-¿Te gusta mi caballo?

-¡Oh, señor Perkins! -exclamó el mestizo-. Su caballo es el mejor de toda California. Veloz como el viento... Tiene fama...

-Sí, tiene fama y la merece; pero yo no lo necesito ya tanto como antes. He decidido instalarme en Los Ángeles y viviendo en una ciudad no hace falta un caballo veloz. Hacen más falta tierras. Tú, Juan Olegario, eres campesino, necesitas tierras donde se puedan cultivar frutas y verduras. Yo, en cambio, pertenezco a 1a ciudad. Necesito tierras para construir casas. A ti no te hace falta la tierra que yo necesito. Véndeme tus terrenos, que pronto quedarán dentro de los límites de la ciudad, compra otros más lejos. A cambio, te doy los seiscientos dólares y mi caballo.

-Pero... su caballo vale más de seiscientos dólares.

-Ya lo sé. Pero no me importa. Sé que tú lo cuidarás bien.

La resistencia de Juan Olegario Zamiza empezó a flaquear. Seiscientos dólares oro eran muchos dólares en aquellos tiempos y en el pueblo de Nuestra Señora de Los Ángeles. Y si a esta suma, ya de por sí fabulosa, se le agregaba un caballo mezcla de pura sangre inglesa y española, reuniendo velocidad y resistencia, envidiado por todos los jinetes de California, entonces la oferta era ya como para cerrar los ojos y aceptarla sin más vacilaciones.

-No sé, señor Perkins...

-Decídete pronto, Juan Olegario. Aprovecha mi desprendimiento. Un caballo que es una joya y una cantidad de oro que haría perder el sentido...

-Quisiera preguntar antes a Julia...

-¿Quién es Julia? -preguntó Sam Perkins.

-Mi esposa, señor. Ella es muy inteligente. Ella sabrá lo que me conviene...

-Buena idea -asintió el norteamericano-. Haces bien en dejarte guiar por tu esposa. Las mujeres son siempre más inteligentes que los hombres. Estoy seguro de que ella te dirá que has sido un loco no aceptando en seguida la oferta y te ordenará que vuelvas corriendo a aceptarla antes de que yo lo piense mejor.

-Seguro, señor Perkins -asintió, más aliviado, el mestizo.

Alegrábase de poder ir a hablar con su mujer y de que fuese Julia quien decidie-

ra lo que debía hacerse. Tenía la impresión de que si continuaba hablando con el yanqui, éste acabaría convenciéndole y luego Julia le llamaría loco y estúpido. Sí, era mejor dejar que ella tomara la decisión conveniente.

-Date prisa, pues a la una he de ir a ver al juez Salters. He de legalizar unas compras de terrenos.

-No voy a poder estar de vuelta tan pronto -declaró Zamiza-. Mi casa está lejos...

-Toma mi caballo y así podrás ir y volver en menos de veinte minutos. Hazlo galopar, para que te convenzas de lo bueno que es.

El rostro del mestizo se iluminó de alegría.

-¡Oh, señor Perkins! ¿De veras me permite probar su caballo?

-Pues claro, Juan Olegario. Quiero que te des cuenta por ti mismo de lo agradable que es galopar en *Veloz.* Está atado frente a la puerta. No quites ninguno de los paquetes que están atados a la silla. He de llevarlos al juez Salters; si los quitases tardaría mucho en volver a colocarlos como están ahora.

-Seguro, señor Perkins. No tocaré nada.

-Bien. Dile a tu mujer que son seiscientos dólares y el caballo. Pero date prisa. Son las doce y no tienes mucho tiempo que perder. Haz galopar recio a *Veloz.*

Zamiza asintió vivamente con la cabeza y salió corriendo precipitadamente, seguido por la irónica y cruel mirada de Perkins.

Pasaron unos segundos. El tabernero, que se había retirado un momento antes al interior de la taberna, reapareció. No demostró ninguna extrañeza al ver que Zamiza no estaba ya allí. Recogió el vasito, lo fregó y lo depositó en un estante, sobre otros vasos que formaban una pequeña pirámide. A un lado de la sala de la taberna se veían seis hombres que bebían y fumaban largos cigarros puros. Ellos y Perkins eran los únicos ocupantes del establecimiento. Cualquiera hubiese creído que entre ellos y Perkins no existía ninguna relación, ni siquiera conocimiento; pero un observador más sagaz hubiera advertido la mirada que se cambió entre ellos y Perkins cuando unos pasos precipitados sonaron en la calle, junto a la puerta de la taberna.

Un hombre entró precipitadamente en el establecimiento, gritando:

-¡Señor Perkins, le han robado el caballo!

-¿Cómo? -El asombro de Perkins fue fingido a la perfección.

-Sí, señor Perkins -siguió el recién llegado-. He visto a Juan Olegario Zamiza galopando en su caballo en dirección al sur...

-¡Pronto! -rugió Perkins-. ¡Avisad al *sheriff*!

No había que ir muy lejos. El *sheriff* Koster tenía su oficina al otro lado de la calle. Perkins sólo necesitó dar unas cuantas zancadas y, atravesando la polvorienta calle, entró en la oficina donde Koster, recién nombrado para aquel cargo, estaba limpiando un revólver de largo cañón, modelo Colt, de seis tiros y usando los nuevos cartuchos de latón.

-Hola, Perkins -saludó-. ¿A qué viene esa prisa?

-Zamiza me ha robado el caballo y...

* * *

Juan Olegario cabalgaba alegremente. Hacía muchos años que no montaba un caballo tan bueno como *Veloz.* ¡Qué distinto el galopar de aquel animal, que parecía hecho de suave algodón, al recio, duro y molesto caminar de los potros indígenas! No era necesario ni espolearlo, pues *Veloz* adivinaba casi los pensamientos de su jinete.

Zamiza había dejado atrás la plaza y dirigíase hacia el río, cerca del cual estaban las tierras de cultivo. Galopaba ya por la carretera y se sentía muy feliz. Si Julia

aceptaba la oferta de Perkins, podrían trasladarse a San Diego o a San Bartolomé donde sería fácil adquirir tierras mejores que las de Los Ángeles. Además allí habría menos hombres del Norte y más californianos. Casi resultaba extraño que un señor tan poderoso como el señor Perkins le hubiera ofrecido tanto por sus tierras. Y más desde que don Edmonds Greene había tenido que volver al Norte. El señor Greene había sido buen defensor de los pobres californianos; pero habiéndose marchado él, se volvía al robo, como en los tiempos del cuarenta y nueve al cincuenta y uno...

Juan Olegario llegó a la vista de su casita y lanzó el grito con que solía anunciar su llegada a su mujer. Esta acababa de lavar la ropa y salió con los brazos arremangados y las manos oliendo a jabón.

Era una mujer de tez pálida, cabello negrísimo, ojos grandes y soñadores. Tenía en sus venas unas gotas de sangre india; pero predominaba la raza mejicana.

-¿Cómo vienes tan pronto? -preguntó a su marido.

-Me han hecho una oferta, Julia, y quería consultar contigo antes de decidir nada. Nos quieren comprar estas tierras. Dan casi mil dólares oro.

Julia miró fijamente a su marido.

-¿Quién te da tanto dinero?

-Don Samuel Perkins. Dice que quiere comprar estas tierras para construir una casa o no sé... Dice que le hacen falta muchas. Yo he pensado que podríamos ir a San Diego, con tu familia...

Julia miró suspicazmente a su marido.

-Me parece mucho dinero para que un norteamericano dé a un pobre. No hay mucha gente que reciba mil dólares.

-En realidad me da seiscientos -interrumpió Juan Olegario.

-Pero tú has dicho...

-Sí, es que además me da su caballo. Es un caballo muy bueno. Vale por lo menos seiscientos dólares.

-Nadie te daría seiscientos dólares por él -dijo Julia-. Aunque quisieras venderlo, nadie lo compraría. Y me extraña que don Samuel Perkins quiera vender su caballo. Es un animal que tiene fama...

De pronto, los ojos de Julia se dilataron horrorizados.

-¡No! -gritó-. ¡No es posible! ¿En qué caballo has venido?

-En el del señor Perkins. Me dijo que lo probase...

-¿Delante de quién te lo dijo?

-En la taberna de Fawcet. Creo que el señor Fawcet estaba delante.

-¿No estás seguro?

-No... no... Creo que no estaba; pero había otros clientes.

-¡Dios mío! -gimió la mujer-. Estás perdido. ¿No comprendes que te han tendido una trampa? Si ningún amigo tuyo o ninguna persona importante puede decir que Perkins te prestó el caballo, dirán que lo robaste, y...

Un lejano batir de numerosos cascos de caballo percibióse claramente. Procedía del Norte, de Los Ángeles.

Julia corrió a un lado de la casita, desde donde se divisaba la carretera. Unos veinte hombres avanzaban al galope tendido. Entre ellos veíase la inconfundible figura de Perkins. Todos los hombres iban armados con fusiles, en los cuales se reflejaba la luz del sol.

Juan Olegario miró angustiado a su mujer.

-¡Has caído en una trampa! -clamó Julia-. ¡Has sido un loco! ¡Dios mío!

La mujer miró a su alrededor buscando alguna posible ayuda o alguna idea salvadora. No encontró nada. Los jinetes avanzaban ya hacia la casa, lanzando feroces

gritos.

-¡Huye en el caballo! -gritó Julia a su marido-. ¡Es tu única salvación! ¡Huye antes de que lleguen y te maten como a un perro!

Juan Olegario Zamiza parecía clavado en el suelo.

-Pero... yo no he hecho nada malo...

-¡Huye, por el amor de Dios! -gritó su mujer, empujándole hacia el caballo... Por lo menos, salva tu vida, aunque tengas que vivir como un proscrito.

Cuando al fin Zamiza quiso montar a caballo, era ya demasiado tarde. Un semicírculo de hombres armados cerraba todos los caminos hacia la salvación.

-Ahí está mi caballo -dijo Sam Perkins, señalando a *Veloz,* en el que acababa de montar Juan Olegario

-Hemos llegado a tiempo -dijo Koster, que estaba junto a Perkins-. Por lo visto, ese hombre pretendía escapar.

Varios de los jinetes que acompañaban al *sheriff,* y entre los cuales figuraban los seis que se encontraban en la taberna, avanzaron hacia el mestizo.

-¿Qué significa esto? -preguntó, con ahogada voz, Juan Olegario.

Perkins soltó una dura carcajada.

-Tiene la desvergüenza de todos los californianos -rió Perkins-. Está montado en mi caballo, tiene al alcance de la mano las dos bolsas conteniendo los dos mil dólares que he retirado del Banco, y nos pregunta qué significa esto. Por lo visto, está tan borracho que no se ha dado cuenta de que me robó el caballo y el dinero que llevaba en él.

Las manos de Zamiza habían estado apoyadas en los dos paquetes atados en la parte delantera de la silla de montar. Al oír que allí dentro había una importante suma de dinero, retiró las manos como si temiera abrasarse.

-Yo no sabía... -empezó-. El señor Perkins me dijo que probara su caballo...

Una carcajada general acogió estas palabras del infeliz Zamiza.

-Es la primera vez que oigo que Sam Perkins presta su caballo -dijo el *sheriff* Koster.

Julia avanzó en aquel momento hacia el representante de la ley y del orden en Los Ángeles.

-Señor *sheriff* -dijo con temblorosa voz-. Mi marido dice la verdad. El señor Perkins le ofreció seiscientos dólares y su caballo a cambio de estas tierras. Le dijo que probase el animal...

Mientras hablaba, Julia dábase cuenta de que sus palabras no querían ser creídas. Todos aquellos hombres sólo deseaban una cosa: la vida de Juan Olegario.

-Lo siento, señora -replicó secamente Koster-. No puedo creer la bella historia que usted me cuenta. La realidad es otra. Su marido ha robado un caballo y dos mil dólares.

Uno de los jinetes desató una larga y fuerte cuerda de cáñamo que pendía de su silla. Al percibir este movimiento, Julia lanzó un grito de leona herida y corrió al interior de la casa, reapareciendo un momento después con un viejo fusil de largo cañón. No tuvo tiempo de emplearlo. Uno de los clientes de la taberna la había seguido y, antes de que Julia pudiese levantar el fusil, le descargó un fuerte golpe con el cañón del arma que empuñaba.

Al ver que su mujer se desplomaba sin sentido, Juan Olegario quiso precipitarse en su socorro; pero los fuertes brazos de dos jinetes le retuvieron.

Antes de que el mestizo pudiera evitarlo, sintió que unas finas correas le sujetaban salvajemente las manos. Al mismo tiempo, el jinete que había cogido el rollo de cuerda, lanzó un extremo de la misma por una sólida rama del alto álamo que daba

sombra a la casa. En menos de cinco minutos quedó hecho el trágico nudo estrangulador y Olegario fue obligado a desmontar de *Veloz.*

-¿No sería mejor dejarle a caballo para que, al caer de él, muriese más fácilmente?-preguntó Koster.

-No quiero que mi caballo sirva para ahorcar a un perro -replicó Perkins-. Además, me tiene sin cuidado cómo muera ese canalla.

Cuatro hombres empujaron a Juan Olegario hasta debajo de la rama que debía servir de horca. El californiano suplicaba y se debatía con todas las fuerzas que le prestaba la desesperación; hubiera necesitado ser un coloso para resistir a aquellos hombres ansiosos de matar.

Mientras tanto, Perkins deshizo los paquetes que pendían de la silla y que aparecieron conteniendo dos bolsas de piel de gamo llenas de monedas de oro.

-Aquí falta algo -gruñó el norteamericano.

-¿Cómo? -preguntó Koster, volviendo la espalda a los ejecutores de aquella parodia de justicia.

-Se ve a simple vista. Cada bolsa contenía mil dólares, *sheriff.* De ésta -y Perkins levantó en alto una de las dos- falta, por lo menos, la mitad del dinero. Sin duda Juan Olegario lo entregó a algún cómplice...

El *sheriff* y Perkins fueron hacia el condenado, que tenía ya la soga al cuello, y Sam le preguntó:

-¿Qué hiciste del dinero que quitaste de esta bolsa?

Mientras hacía la pregunta, le agitaba junto al rostro la medio vacía bolsa de piel.

-No sé nada, señor -sollozó Zamiza-, ¡Le juro que no toqué nada! No sabía que hubiese dinero. Usted me dijo que eran sólo unos paquetes para el juez Salters...

-¡Estás loco! -interrumpió Perkins-. ¿Cómo te iba yo a decir semejante cosa? Apenas conozco al juez., ni tengo por qué darle dinero. Dinos dónde escondiste lo que falta. ¿Se lo entregaste a tu mujer?

-¡Señor Perkins, le aseguro que no he tocado ese dinero! Yo no sabía que hubiera nada... Usted me dijo...

-¡Está bien! -rugió Perkins-. ¡Tú lo has querido!

A la vez que decía esto, Sam Perkins hizo un ademán que, debidamente interpretado por sus cómplices, fue seguido de la tensión de la cuerda, que crujió estremecedoramente al rozar la gruesa y sólida rama del álamo.

El sol proyectó contra el suelo la sombra del cuerpo que pendía a un metro del polvo y cuyas convulsiones se fueron haciendo cada vez más débiles, hasta cesar por completo. Entonces, cuando el cuerpo sin vida de Juan Olegario Zamiza quedó sólo agitado por un leve balanceo, sus asesinos montaron a caballo.

-Lamento que no pudiera haber encontrado su dinero -dijo Koster.

-Mala suerte -replicó Perkins, encogiéndose de hombros-. Más hubiera lamentado perder a *Veloz.*

-Haré que el juez Salters le adjudique la propiedad del muerto. Será como si la hubiese comprado.

-Nunca habría dado más de trescientos dólares por ella -rió Perkins.

-Vale bastante más -dijo Koster-. En su bodega hay varios cientos de litros de vino...

-Bien. Aceptaré la casa. De ley me corresponde.

Todos picaron espuelas y regresaron hacia Los Ángeles. Tras ellos, pendiente del álamo, quedaba un exponente más de la justicia de los hombres del Norte.

Capítulo II

El recuerdo del Coyote

Julia tardó casi media hora en poderse incorporar. Sentía su cuerpo vacío de fuerzas y su cerebro exhausto de ideas. Como un animal herido, permaneció unos minutos con la cabeza caída sobre el pecho y lanzando entrecortados gemidos.

Casi otra media hora necesitó la mujer para coordinar sus ideas. El golpe que le había hecho perder el sentido le abrió una larga herida en el cuero cabelludo, de la que manó abundante sangre, que ahora manchaba la sien y la mejilla izquierda de Julia Ibáñez.

Ésta permaneció durante todo el tiempo desde que pudo incorporarse del suelo, apoyada en el quicio de la puerta de su casa. Al fin, recordando lo ocurrido, levantó muy despacio la cabeza y su mirada tropezó con el árbol y con su horrible carga.

Ni un estremecimiento acusó la impresión que aquello debía de producir en Julia Ibáñez. Durante largos minutos permaneció con la mirada fija en el cuerpo de su marido. Vino a su mente un cúmulo de recuerdos que iban desde la primera vez que vio a Juan Olegario, allá en San Diego, cuando ella era una chiquilla y él un apuesto mozo, hasta aquella trágica mañana, pasando por la dicha de los primeros días del matrimonio, la tristeza del hijo que nació muerto y la esperanza de un porvenir asegurado contra todo riesgo.

Ahora, todo se había hundido. Los hombres del Norte trajeron su ley, que todos decían era mucho más perfecta que la antigua ley española; pero cuya perfección no debía ser tanta cuando era tan fácil burlarla. O quizá era sólo buena para los que la trajeron...

De las propiedades vecinas comenzaron a llegar hombres y mujeres. Venían silenciosos, hosca la mirada, apretando los puños con rabia. No preguntaron nada, porque lo sabían todo. Unas mujeres ayudaron a levantarse a Julia. Otra trajo un paño humedecido en agua del pozo y limpió la sangre. Después todos miraron interrogantes a Julia, esperando sus órdenes.

-Debemos enterrarlo -murmuró la viuda.

La mayoría de los agricultores que vivían en las tierras de cultivo próximas a Los Ángeles eran indios o mestizos; pero también había muchos de ellos de raza blanca. Dos de éstos trajeron una escala y, apoyándose contra la rama, descendieron cuidadosamente el cuerpo sin vida de Juan Olegario. Otros habían traído improvisadas angarillas.

El cadáver fue envuelto en una finísima sábana de hilo. Era una de las dos sábanas que fueron regalo de boda. Sobre el blanco bulto se destacaba vivamente el negro crucifijo que Julia retiró para aquel fin de la cabecera de la cama. Ya estaba todo dispuesto para emprender la marcha hacia la capilla inmediata al camposanto.

En aquel momento llegó uno de los vecinos que habían estado durante todo el día en Los Ángeles.

-El juez ha ordenado que la casa y las tierras sean para don Samuel Perkins -

anunció.

Julia le escuchó en silencio. Luego, volviéndose hacia los que esperaban junto a las angarillas, pidió:

-Empezad a andar. Os alcanzaré en seguida.

La fúnebre comitiva se puso en marcha. Julia Ibáñez entró en su casa. Con paso lento dirigióse a la bodega, donde estaban las grandes tinaja llenas de vino. Con lentos movimientos empuñó un hacha y golpeó con toda su fuerza la primera de las seis tinajas de arcilla. Por la brecha abierta se escapó un chorro de vino rojo como la sangre. Julia repitió la operación en las restantes tinajas, hasta que el suelo fue un lago de rojo vino. Entonces fue al corral y abrió el gallinero y la pocilga donde estaban los dos cerdos. Las aves y los cerdos salieron tímidamente de su encierro. También la cabra se extrañó al verse en libertad. El caballejo de Juan Olegario siguió a su ama, hasta que ésta volvió a entrar en la casa. Entonces quedó inmóvil ante la puerta trasera, sin comprender nada de cuanto estaba sucediendo.

Julia, de nuevo dentro de la casa, acarició los dos sacos llenos de trigo y los que contenían la provisión de maíz para todo el año. Con unos golpes de hacha reventó los sacos, cuyo dorado contenido escapó en medio de un suave polvillo.

Dejando caer el hacha, la mujer pasó a su dormitorio. Era una habitación pequeña, de encalados muros, con una ventana, por la que ahora entraba el sol de la tarde, filtrándose a través de las cortinas de encaje de bolillos.

Julia recorrió con la mirada todo aquello. Deseaba guardar un último y eterno recuerdo de aquella habitación, con su negra cama, su sencilla cómoda sobre la cual, bajo una campana de cristal, sonreía una Virgen de Guadalupe. De un cajón sacó un puñal de empuña dura de nácar, enfundado en una vaina de brillante cuero. Aquel cuchillo, de recia hoja y agudo filo, era de Juan Olegario. Al casarse lo había guardado en aquel cajón, «porque ya no voy a necesitarlo».

Un pesado candil de aceite descansaba sobre el mármol de la cómoda. Julia lo tomó y, acercándose a la cama, derramó sobre ésta todo el aceite; luego, con eslabón y yesca, encendió fuego y aplicó la llamita a las impregnadas ropas del lecho.

Cuando salió de la alcoba, un humo denso y sofocante la llenaba.

Cuando se reunió con los que llevaban el cuerpo de su marido, el humo brotaba ya por las ventanas de la casa y pronto toda ella fue un brasero del que huían espantados, los animales domésticos. Cuando los norteamericanos llegaran allí, no encontrarían nada más que tierra, cenizas y ruina.

*** * ***

Desde la amplia terraza del rancho de San Antonio, César de Echagüe contemplaba el lejano incendio, cuya alta y recta columna de humo era lo único que empañaba el purísimo cielo primaveral.

Don César de Echagüe vestía entera mente de negro. Su bien cortado traje californiano estaba libre de los adornos que suelen aplicarse a esas prendas. Pantalón ajustado a la pierna y abierto sobre el pie, dejando escapar abundantes encajes, faja de seda negra, camisa blanca, de hilo, corbata negra y chaquetilla corta.

El traje realzaba la elegante figura del joven, y el negro color correspondía al recuerdo piadoso por la memoria del anterior César de Echagüe, que desde seis meses antes reposaba en el cementerio particular de los Echagüe.

Junto a él Leonor de Acevedo seguía la mirada de su esposo.

-¿Qué puede ser eso? -preguntó al fin.

-Es un incendió -respondió César-; pero puede significar muchas cosas.

-Parece que por allí van a enterrar a alguien -indicó Leonor, señalando hacia el lejano sendero por el que avanzaba un nutrido grupo de campesinos, siguiendo a los que llevaban sobre una camilla un blanco bulto.

-Vayamos a ver qué ha ocurrido -dijo al fin César de Echagüe.

Entró en la casa seguido por su esposa y, como adivinando sus deseos, Guadalupe Martínez, la más fiel de todas las sirvientas del rancho, acudió a traerle el sombrero para él y la blanca mantilla para Leonor. Entretanto, Julián, el padre de Guadalupe, había ensillado dos caballos.

En silencio, y sin cambiar comentario alguno, César y su esposa dirigiéronse hacia el camino, llegando al mismo tiempo que los que llevaban el cuerpo de Juan Olegario Zamiza.

Sin decir nada, y limitándose a responder a los saludos de los campesinos, César y su esposa desmontaron, dejando que dos de los acompañantes del entierro se hicieran cargo de los magníficos caballos, en tanto que ellos se colocaban junto a la viuda.

Así llegaron al camposanto. Fray Bartolomé acudió a rezar las postreras oraciones por el alma del muerto y bendijo la tierra en que debía reposar para siempre. Luego se hizo a un lado y preguntó a César:

-¿De qué ha muerto?

-No sé -replicó el joven-. Vi su casa incendiada.

El fraile inclinó la cabeza. Su misión era de paz y no podía pronunciar palabras de odio contra los hombres del Norte.

Pero los demás testigos no tenían sus labios sellados por el juramento de amor al prójimo.

-Lo ahorcaron, fray Bartolomé -dijo uno de los campesinos-. Hicieron ver que había robado un caballo y un dinero, y le quitaron la vida y sus tierras.

-¿Quién? -preguntó César.

-El *sheriff* Koster y Samuel Perkins.

-¿Y no hay nadie que se oponga? -preguntó César.

-Desde que murió *El Coyote* no tenemos quien nos defienda -se quejó otro de los hombres-. Él era el único que sabía cómo deben ser tratados esos bandidos.

-Por favor -pidió fray Bartolomé-. Estamos en un lugar santo.

-Quizá algún día vengan aquí y destruyan todo esto para levantar una fábrica o un burdel -dijo, con rabioso vigor, uno de los más jóvenes del grupo.

-No digas eso, Luis María -reprendió fray Bartolomé-. Acepta con resignación las pruebas que Dios nos envía.

El llamado Luis María, hombre de unos veintitrés años, de rostro enjuto y bronceado, en el que brillaban unos ojos de intenso mirar, volvióse vivamente hacia el fraile.

-Usted, fray Bartolomé, puede tener resignación y aceptar con humildad todas las pruebas que caigan sobre usted, porque, al fin y al cabo, ha abandonado el mundo y sus cosas; pero los que permanecemos en él, los que sentimos hervir nuestra sangre, que es la de los hombres que conquistaron casi todo este mundo nuevo, no podemos resignarnos a ser tratados peor que bestias.

-Quien recurre a la violencia perece en la violencia -declaró el fraile-. ¿No es cierto, don César?

-Ésa ha sido mi opinión durante toda mi vida -sonrió blandamente el dueño del rancho de San Antonio y heredero del Acevedo, que pasaría a su poder cuando la madre de Leonor abandonase este mundo.

-Todos sabemos cuál es la opinión de don César -replicó, con mal disimulado desprecio, Luis María Olaso.

-Tienes el genio demasiado vivo, Luis María -sonrió César-. Si no te dominas un poco, acabarás mal.

-Prefiero acabar mal a permitir que todos se rían de mí.

César miró fijamente al joven y replicó con pausado acento y jugueteando con el barbuquejo de su sombrero:

-He visto a muchos hombres que al cruzar el río infestado de caimanes se han reído de ellos. Los hombres iban en un barco y estaban fuera del alcance de los caimanes. ¿Sabes lo que éstos hacían?

-¿Qué?

-Bostezaban. Así.

César de Echagüe bostezó sin necesidad de fingirlo.

-¿Qué quiere decir con eso? -preguntó Luis María.

-Nada; sólo que es muy fácil reírse de un caimán, y yo creo que con ello no se demuestra que uno sea más fuerte que el caimán. Lo difícil es saltar al agua, acercarse al caimán y... no diré reírse, sino siquiera sonreírse. De César de Echagüe se podrá reír mucha gente; pero, aunque no lo parezca, tengo más fuerza de lo que aparento.

-Don César, no quiero ofenderle, porque es usted bueno con todos nosotros y le debemos demasiados favores para pagarlos con burlas ni ofensas -dijo Luis María-. Sin embargo, si me lo permite, le diré algo.

-Puedes decir lo que quieras, muchacho. Sabes que no me ofendo.

Luis María volvió la cabeza hacia Leonor, que asistía sonriente a la escena.

-Tampoco quisiera ofenderla a usted, señora...

-No me ofenderás, Luis María. Yo también soy algo caimán. Di lo que quieras.

-Usted, don César, es poderoso. Ni los norteamericanos se atreven a molestarle, porque saben que tiene buenos y poderosos amigos en Sacramento y en Washington. Es usted rico. Tiene más oro que nadie. Le necesitan y no le atacan. Si quiere usted ser alcalde de Los Ángeles, lo elegirán. Además, creen que, por ser rico, le interesa que las cosas no cambien aquí. Así puede vivir tranquilo y creerse poderoso; pero en nuestro caso no ocurre lo mismo. Somos pobres y cada día perdemos algo más de lo muy poco que tenemos. Y, como somos pobres y ya nos queda muy poco que perder, no nos importa levantarnos en armas contra nuestros invasores. Si es preciso, acabaremos con todos ellos. Y ya lo hubiéramos hecho, si tuviésemos un caudillo. *El Coyote* hubiera podido serlo.

-¡Bah! -rió César de Echagüe-. *El Coyote* no era más que un norteamericano disfrazado de californiano y, al fin y al cabo, un bandido de la peor especie. Su muerte no es de lamentar.

-Lukas Starr no era *El Coyote* -replicó Luis María-. No podía serlo. Cuando *El Coyote* estaba operando en Monterrey o cerca de San Francisco, Lukas Starr se encontraba en Los Ángeles y todo el mundo podía verle. Él se disfrazó de *Coyote* y perdió la vida; pero el verdadero *Coyote* no fue el que murió en el rancho de la señora - y Luis María indicó con un movimiento de cabeza a Leonor.

-Ya he oído decir lo mismo a muchos -dijo César-. Pero lo cierto es que han pasado casi dos años desde que murió Lukas y nadie más ha vuelto a saber del *Coyote.* Si Lukas Starr no era el verdadero *Coyote,* hay que suponer que éste aprovechó la circunstancia de la muerte de su doble para desaparecer de escena y no reaparecer más. Quizá se dio cuenta de que era más conveniente esfumarse...

-Habla usted del *Coyote* como si fuese un bandolero -protestó Luis María.

-Creo definitivamente muerto al *Coyote* y en su tiempo di a todos mi opinión acerca de él -dijo César de Echagüe-. En el mejor de los casos, no era más que un loco que pretendía detener un río con la mano. Si no murió, quiero creer que volvió en sí de

la locura y se retiró a la vida privada antes de verse colgado de un álamo.

-Como Juan Olegario -murmuró Luis María-. Juan Olegario era como usted. Amaba la paz, no quería la violencia. Se creía seguro detrás de su debilidad. ¿Quién iba a intentar nada contra él? Pero alguien ambicionó sus tierras, don César. Alguien sintió deseos de poseer la pequeña propiedad de Juan Olegario. Era muy poco, un grano de trigo; pero aunque ese grano de trigo no llena un saco, ayuda a llenarlo, y sus tierras, junto con otras ya robadas, y las que están por robar, formarán una posesión riquísima. Y no olvide que a medida que esas posesiones se ensanchen, acabarán por llegar al rancho de San Antonio, y cuando llegue ese momento, el dueño de ellas será más poderoso que los Echagüe.

-Y entonces me echará de mis tierras, ¿verdad? -sonrió César.

-Sí. Cuando Perkins, o quien esté detrás de él, se haya apoderado de las tierras de los pequeños propietarios, y haya formado con todas ellas una gran propiedad, entonces podrá luchar contra los Echagüe y vencerlos, como ahora vence a los Juan Olegario y otros infelices por el estilo.

-Desde las tierras de Juan Olegario Zamiza al rancho de San Antonio hay casi una legua y media -dijo César de Echagüe-. Mucho habrá de caminar quien intente llegar hasta mi rancho.

-No importa el tiempo, don César. Lo que importa es que llegue. Y llegará, si nadie lo impide.

-Quizá alguien lo impida -sonrió cansadamente César.

-¿Quién? ¿El Gobierno de los Estados Unidos? Tiene otras cosas en que pensar. De la única manera que tal vez se acordase de que existe California, será uniéndonos todos los californianos e imponiendo nuestros derechos con las armas. Hoy han engañado a Juan Olegario. Le prestaron un caballo para que lo probase. En aquel caballo había dos paquetes conteniendo mil quinientos dólares en oro. Juan Olegario marchó a su casa en el caballo. Perkins dijo que Juan Olegario le había robado el caballo y reunió a un grupo de secuaces suyos, entre los cuales figura el *sheriff,* y persiguió a Juan Olegario. Cuando lo hubieron cogido, dijo que en vez de mil quinientos dólares había dejado dos mil. Resultado: que Juan Olegario fue ahorcado como un perro, por ladrón de caballos y de oro, y que para compensar a Perkins de sus perdidos quinientos dólares le cedieron las tierras de Juan Olegario. Eso es ley. Somos súbditos de los Estados Unidos; pero nuestra palabra no vale nada cuando se halla en desacuerdo con la de un norteamericano.

-Juan Olegario cometió una tontería -dijo César-. La ha pagado muy cara y eso enseñará a los otros a ser más cautos.

Luis María dirigió una furiosa mirada a César de Echagüe.

-Quizá cuando todos seamos como ratones, entonces podremos vivir más tranquilos en nuestras ratoneras, comiendo las sobras de la mesa de los ricos. Conservaremos la vida, y ya será mucho.

-Amigo Luis María, cuando no se puede ser león es una tontería pretender serlo. Vale mil veces más ser zorro... o coyote, si lo prefieres. Y aguardar a que los leones se destrocen entre sí peleando por el botín. Entonces, mientras ellos están enzarzados, los zorros, o los coyotes, pueden acercarse y, por poco listos que sean, aprovecharse mejor que nadie de la presa en disputa. Aguarda algún tiempo. Al olor del cebo acudirán más norteamericanos. Se pelearán entre sí y ése será el momento de recobrar el terreno perdido.

-Para que luego, el vencedor de la lucha, que será el más fuerte de todos, nos arrebate lo que era nuestro y lo que recobramos.

-No. El vencedor estará jadeante y agradecerá mucho que no le devoremos a él.

-Es usted muy sagaz; pero no creo que en este caso camine acertado.

-Mi opinión es que la astucia es siempre más fuerte que la fuerza. Los norteamericanos tienen sus leyes. Nos enseñan que saben manejarlas y valerse de ellas para conseguir lo que ambicionan. Sigamos su ejemplo. Somos súbditos norteamericanos. Su ley es la nuestra. Aprovechemos esa ley para beneficiarnos. Busquemos un abogado yanqui. Como todos sus compatriotas, venera el becerro de oro. Démosle oro y nos dirá lo que debemos hacer para burlarnos de Perkins y de todos los suyos.

-Prefiero la violencia -rugió Luis María.

César le miró burlonamente y, mientras ofrecía el brazo a su esposa, replicó:

-Eres un borrico, Luis María, y lo peor es que caminas directo a la horca. Cuando te vayan a colgar de ella, piensa en mí y arrepiéntete de no haberme hecho caso. No puedes ser león, porque, aunque lo fueses, en Los Ángeles y en California hay demasiado leones. En cambio, los coyotes abundan muy poco. Vamos, Leonor; buenas tardes, fray Bartolomé. Tened la bondad de entregar estos mil dólares a Julia Ibáñez y decirle que marche a San Diego a reunirse con sus parientes. Insistid en ello, pues he visto un puñal asomar por su cintura y las ideas de venganza sólo dan de sí frutos muy amargos.

-Tenéis razón, don César -replicó el fraile, aceptando el cartucho de monedas de oro y acudiendo junto a Julia, que, arrodillada al pie de la sepultura recién cegada, rezaba por el alma del que fue su marido.

Una hora más tarde, fray Bartolomé guardaba en un cajón de su mesa de escritorio el puñal de Juan Olegario Zamiza.

Capítulo III

En el rancho de San Antonio

Siguiendo la antigua costumbre del rancho, en San Antonio se cenaba muy pronto. Cuando César y Leonor regresaron del cementerio, la cena les aguardaba ya en el comedorcito que usaban desde la muerte del padre de César. El viejo había preferido siempre el amplio y severo comedor, más en armonía con sus gustos. Después del inesperado matrimonio de César con Leonor, y durante el año que aún vivió don César, los recién casados le acompañaban siempre; mas al morir, tanto su hijo como Leonor prefirieron reservar el gran comedor para las futuras fiestas o recepciones y utilizar uno más sencillo y menos severo.

Desde aquel comedor, y a través de un amplio ventanal mandado abrir por el joven César de Echagüe, se divisaba el próximo pueblo de Nuestra Señora de Los Ángeles.

Terminada la cena, que transcurrió en el más profundo silencio, a excepción de las breves respuestas a las preguntas de Julián Martínez, que servía los alimentos, César y su esposa fueron a sentarse en los sillones colocados junto a la ventana. Julián retiró el servicio y, cerrando la puerta, marchó a la cocina.

-¿En qué piensas? -preguntó de súbito César.

Leonor le miró sobresaltada.

-No sé -tartamudeó.

-¿No sabes? -César sonrió tristemente-. Tienes miedo de que yo adivine tus pensamientos, ¿verdad?

-¿Qué quieres decir?

-Lo que digo. Quieres y no quieres. Temes y deseas.

-No te entiendo... -musitó, con un hilo de voz, Leonor.

-Quieres que las cosas sigan como hasta ahora, porque esta situación significa para ti una seguridad, una paz. Y las mujeres, al fin y la cabo, deseáis la seguridad y la paz. Es algo que forma parte de vuestra naturaleza. Pero, al mismo tiempo, te desespera que me crean un cobarde. Quisieras poder gritarles: «¡Mi César no es un infeliz, como vosotros creéis! ¡Es *El Coyote*!»

-¡Por Dios! -suplicó Leonor.

-¿Lo ves? Te asusta que yo, desobedeciendo tus súplicas, vuelva a exponer mi vida por mis compatriotas. Temes que *El Coyote* reaparezca; pero también lo deseas.

-¿Y tú?

La pregunta hirió en lo vivo a César.

-¿Yo? -Se encogió de hombros para disimular su turbación-. Han pasado casi dos años desde que Clarke me hirió en tu rancho.

La respuesta de César quedó incompleta. Había algo más que él quiso decir y que Leonor creyó comprender.

-Dos años de reposo son más que suficientes, ¿verdad? -preguntó.

-Sí. Como tú, yo también deseo defender a mis compatriotas y, al mismo tiempo, temo perder esta paz en que vivo.

Leonor inclinó la cabeza.

-Los humanos somos muy extraños -murmuró-. Cuando supe que eras *El Coyote,* me sentí la mujer más feliz del mundo. Después de haberte despreciado, me embriagaba la dicha de poderte admirar. Luego, mientras estabas herido, temí, a pesar de que el médico nos dijo que tu herida no tenía nada de grave, que pudieses morir. Me di cuenta de que si continuabas tu doble existencia como don César de Echagüe y *El Coyote,* no podría disfrutar de ninguna paz. Por ello te pedí que dejases muerto al *Coyote.* Pero a medida que ha ido pasando el tiempo, he empezado a comprender que, por ser californianos, tenemos una obligación, un deber, que cumplir con nuestros compatriotas. Desde hace meses, o sea, desde que Edmonds y tu hermana marcharon a Washington y la ley volvió a ser pisoteada en Los Ángeles, lucho con mi egoísmo y con mi patriotismo. A veces he querido entregarte tus armas y decir: Vuelve a ser *El Coyote,* mas apenas se me ha ocurrido este pensamiento te he visto ensangrentado, herido, como aquella tarde, y entonces he deseado con toda mi alma que no dejaras de ser el que eres.

-O sea, que te encuentras en un callejón sin salida -sonrió César.

-Sí.

-¿Y quieres que decida yo?

-¿Por qué me preguntas eso?

La voz de Leonor temblaba violentamente.

-Por una tontería. En realidad, no debiera preguntarte, pues sé que no puedes contestarme. Eres femeninamente- cobarde. Tienes miedo de cargar con una responsabilidad. Tienes miedo de que llegue un momento en que te veas obligada a reconocer que fuiste la causante de tu desgracia o de tu tragedia si las consecuencias de tu petición son trágicas.

Leonor asintió con la cabeza.

-Es verdad -dijo-. Deseo que regrese *El Coyote* y, al mismo tiempo, no hay nada que me asuste tanto como la posibilidad de que te ocurra algo.

-Entonces, dejemos a las circunstancias la elección de lo que debemos hacer. Vivamos el momento presente sin pensar en el futuro...

En aquel instante se oyó un veloz galope y en el patio central del rancho entró un jinete, que saltó a tierra antes de que el caballo se hubiese detenido.

-Es Luis María Olaso -dijo César-. ¿A qué puede venir?

Vieron cómo el joven entraba en el edificio y dos minutos después sonó una llamada en la puerta del comedorcito.

Era Julián.

-Don César, Luis María trae un recado urgente para usted -anunció el servidor.

-Hazle entrar -ordenó César.

Un momento después, Luis María, pálido, a pesar de la violenta galopada, entraba en el comedorcito.

*** * ***

Julia Ibáñez entregó sin ninguna resistencia el puñal que le pedía fray Bartolomé después de haberle éste entregado los mil dólares. Escuchó sin oír las recomendaciones del franciscano y después de besarle la mano y prometer cumplir todos sus deseos, marchó con lento paso hacia Los Ángeles. Por su cerebro desfilaban en confuso tropel los sucesos del día y los acontecimientos de los últimos años, interrumpidos cada cuarenta o cincuenta segundos por un deseo que imponía su voz por encima de todo:

-¡Venganza!

Poco a poco, y a medida que la distancia que separaba a Julia de Los Ángeles se hacía menor, el deseo de venganza imponíase a todos los otros pensamientos, hasta excluirlos por completo y a imperar en el atormentado cerebro de la mujer.

Vengar al esposo asesinado era lo único que deseaba ya Julia. Vengarlo para ejemplo de todos los malditos extranjeros que acudían a California a despojar inicuamente a los hijos del país.

Recordó lo que habían hablado los vecinos durante el entierro. Recordó que Juan Olegario había estado con Samuel Perkins en la taberna de Fawcet. Por lo tanto, Fawcet debía de saber la verdad. Fawcet debió de oír la conversación entre Perkins y Juan Olegario. Si ella le obligaba, tendría que confesar que Juan Olegario había sido asesinado por Samuel Perkins, y que por muy norteamericano que Perkins fuera tendría que responder ante el Tribunal de su crimen...

Mas ¿cómo obligar a Fawcet a confesar la verdad? Fawcet era un hombre duro, que no se sometería a los deseos de una pobre mujer...

¿Una pobre mujer?

Ella tenía mil dólares. Podía ofrecerlos a Fawcet, comprar su declaración. Ponerle en la disyuntiva de aceptar el dinero y cumplir con su deber o.,.

Estaba ya en Los Ángeles. Caía la noche y empezaban a encenderse los faroles de petróleo que algunos comerciantes tenían sobre las puertas de sus tiendas. Uno de ellos, el último encendido, iluminaba un rótulo en negro y blanco, en el cual leíase: «Armería».

Como atraída por un imán, Julia fue hacia aquel establecimiento. Empujó la puerta y penetró en el interior, brillantemente iluminado. El mostrador y las paredes hallábanse cubiertos de armas de toda clase. Un viejo de aspecto semítico acudió al encuentro de Julia.

-¿Qué desea, señora? -preguntó en mal español.

Julia tardó un momento en contestar. Su mirada recorría el mostrador y al fin se fijó en un pequeño revólver de seis tiros, calibre treinta y ocho.

-¿Cuánto vale? -preguntó, señalando el arma.

El judío no respondió directamente. En vez de ello, empezó:

-La señora tiene muy buen gusto. Ha escogido lo mejor de mi establecimiento. Es el revólver más moderno que existe. Acabo de recibirlo de San Francisco. Sin duda la señora lo quiere para su hijo...

-¿Cuánto vale? -insistió Julia.

-¡Oh! Una joya así no tiene precio. Hace diez años hubieran podido pedirse mil dólares por ella...

Julia, sin alterar la expresión, dio media vuelta y fue a salir de la armería. El propietario se apresuró a detenerla.

-¡No, no! -exclamó-. Ahora no vale eso ni mucho menos. Ahora es infinitamente más barata. Pero muchísimo más...

-¿Cuánto? -gritó Julia.

-Podría pedirle doscientos dólares y sería barata...

-¿Cuánto vale? Si no lo dice ahora mismo, me marcho a otra armería.

-Pues... No se precipite la señora. Tenga en cuenta que me duele tanto separarme de esa arma como me dolería separarme de un hijo. Sin embargo, sólo le pediré cincuenta dólares por ella. Es un precio...

-Tenga los cincuenta dólares y deme también una caja de cartuchos.

-¡Oh!

El judío quedó tan desconcertado por la rápida aceptación de un precio que era el doble del que estaba dispuesto a aceptar por aquel revólver, que por primera vez en su vida tuvo un rasgo de desprendimiento.

-La caja de cartuchos va incluida en el precio -dijo. Y más tarde se arrepintió de no haber pedido diez dólares por las cincuenta balas.

-Gracias -replicó Julia, entregando tres monedas de veinte dólares cada una

-¿No quiere una funda mejicana? -preguntó el armero-. Podría...

-No -cortó con violenta sequedad Julia.

-Como la señora quiera -suspiró el judío, desprendiéndose de una moneda de diez dólares como si fuese un trozo de intestino suyo.

-¿Cómo se carga? -preguntó Julia.

El armero la hizo acercar a una de las lámparas que iluminaban la tienda y señalando el lado derecho del cilindro indicó una especie de palanca que cerraba la parte posterior del cilindro, quedando frente al extractor de muelle.

-Por aquí se van introduciendo los cartuchos -explicó—. Cuando queda uno lleno se hace girar el cilindro a la derecha y se llena otra cámara. Y así sucesivamente hasta que el cilindro queda lleno. Luego, se cierra esta recámara y cuando se han disparado los seis tiros se vuelve a abrir y con el extractor se van extrayendo las cápsulas vacías. Una vez vaciado el cilindro, se vuelve a llenar... Para disparar no hay más que ir levantando con el pulgar el martillo o percutor. Cada vez que lo levante girará el cilindro y una cámara se colocará detrás del cañón.

-Gracias -interrumpió Julia-. Ya entiendo.

Apenas había escuchado la larga explicación del armero. Con firme mano tomó un cartucho y lo colocó en el cilindro, cerrando luego éste y diciendo:

-No necesitaré más que una bala.

Antes de que el judío pudiera decir nada, Julia salió de la armería, dejando sobre el mostrador la caja de cincuenta cartuchos, en la cual sólo faltaba uno. El judío quedó un momento pensativo. Luego, las palabras que Julia había pronunciado antes de salir sonaron de nuevo en sus oídos:

«No necesitaré más que una bala.»

Recordó también que Julia había cargado un departamento del cilindro hasta colocar la recámara cargada frente al cañón.

-Tal vez debiera avisarla... -se dijo. Luego, encogiéndose de hombros, murmuró-: Pero quizá sea mejor no decir nada.

Julia avanzaba hacia el centro de la población. Las calles estaban llenas de gente; pero nadie prestaba excesiva atención a la mujer. Ésta no se dio cuenta que, siguiéndola a corta distancia, iba un hombre.

Julia apretaba con fuerza la culata del revólver que llevaba oculto en el gran pañuelo que le cruzaba el pecho. Con la otra mano apretaba el dinero. Parecía caminar sin ver; mas no debía ser así, pues al llegar frente a la taberna de Fawcet se detuvo un momento y luego, sin hacer caso de los comentarios de los hombres allí reunidos, entró en el establecimiento.

Fawcet estaba secando unos vasos y no se dio cuenta de la presencia de Julia hasta que tuvo a ésta delante.

-¡Oh! -exclamó, reconociendo a la mujer.

-Señor Fawcet, necesito hablar con usted -dijo Julia, con tembloroso acento.

El tabernero palideció intensamente.

-Estoy muy ocupado -gruñó, queriendo apartarse.

-Quiero hablar con usted -insistió Julia.

-Le digo que no puedo, ahora...

La mano de Julia apareció armada con el revólver.

-Si no quiere escucharme, le mataré -dijo.

Fawcet miró a su alrededor buscando auxilio. Los concurrentes a la taberna no se habían dado cuenta de lo que ocurría y siguieron bebiendo como si nada anormal sucediese.

-¿Qué va a hacer? -preguntó, tembloroso, Fawcet.

-Estoy dispuesta a matarle si no consiente en hacer lo que yo le pediré -declaró Julia-. Usted vio cómo Perkins habló con mi marido y le ofreció comprarle las tierras.

-¡No! -casi chilló Fawcet-. Yo no vi nada. No estuve delante...

La mirada del tabernero estaba fija en el arma que empuñaba Julia. Un destello de esperanza brilló en los ojos del hombre.

-Mi marido me dijo que usted debía de haber oído lo que él y Perkins hablaron. Quiero que se presente usted ante el *sheriff* y diga la verdad. Quiero que Perkins muera en la horca. Si acepta mi proposición le daré novecientos cincuenta dólares.

Al decir esto, Julia dejó sobre el mostrador el cartucho de monedas de oro.

-Pero... -empezó Fawcet

-Si no acepta -siguió Julia-, le mataré, porque eso indicará que es usted uno de los que ayudaron a asesinar a mi marido...

Al hablar, la mujer levantó el percusor del arma. El cilindro giró y la cámara cargada abandonó su puesto tras el cañón.

La sonrisa de Fawcet acentuóse. El revólver de Julia sólo tenía un cartucho, y éste se hallaba ahora donde no podía causar ningún daño. Sólo a una mujer podía habérsele ocurrido usar tan estúpidamente un arma.

-Óigame -dijo el tabernero, sonriendo aún más-. Llévese el dinero, guárdese el revólver y márchese de Los Ángeles. No quiera luchar con los más fuertes.

-¿Quiere decir que no está dispuesto a declarar?

-En efecto. Quiero decir eso mismo.

-Entonces le mataré.

-Inténtelo si se atreve -rió Fawcet.

Por toda respuesta, Julia apretó el gatillo.

Sonó una detonación y la taberna llenóse de humo.

Fawcet lanzó un grito de horror.

Julia tambaleóse, dejó caer el revólver y se aferró al mostrador. Cuando, sin vida, desplomóse al suelo, arrastró tras ella el cartucho de monedas, que, reventando, sembró de oro el suelo. Algunas de las monedas se ennegrecieron con la sangre que manaba de la cabeza de Julia.

-Te salvé de una buena, Fawcet -dijo, guardando su revólver, el que había disparado.

Era uno de los clientes de la taberna, que, habiendo descubierto a Julia empuñando el arma, disparó sobre ella, creyendo salvar a Fawcet.

-No era necesario -murmuró el tabernero-. La pobre...

No pudo seguir, porque de nuevo la muerte descargó su golpe en la taberna.

El hombre que había seguido a Julia, y que, con ella, entró en la taberna, acababa de precipitarse sobre el matador de la viuda y su mano armada con un agudo y brillante acero, descargó dos veloces y fuertes golpes.

Al instante y con un agónico estertor, el hombre desplomóse de bruces, quedando tendido en el suelo, con los brazos en cruz.

Luis María Olaso le golpeó con el pie para convencerse de que estaba muerto, y luego, antes de que los demás pudieran reaccionar, salió apresuradamente de la taberna, montó en uno de los caballos atados frente al establecimiento, cortó las bridas con el ensangrentado cuchillo y partió al galope. La gente que llenaba las calles abría, temerosa, paso al caballo, que parecía un veloz navío surcando un mar de oscuras olas.

Cuando salió de Los Ángeles, Luis María vaciló un momento acerca del camino que debía seguir; por fin tomó una decisión y encaminóse el caballo hacia el rancho de San Antonio.

Capítulo IV

El respeto a la ley

César de Echagüe había escuchado, pensativo, el relato de Luis María.

-¿Quién era ese a quien mataste? -preguntó, agregando en seguida, con una sonrisa algo burlona-: Si es que lo mataste.

-Lo maté -aseguró Luis María-. Le hundí el cuchillo...

-Ahorra los detalles de esta estúpida violencia -interrumpió César, indicando con un movimiento de cabeza a Leonor, que estaba muy pálida.

-Perdón, señora -apresuróse a suplicar Luis María.

Después, volviéndose a César, dijo:

-No conozco el nombre. Era uno de los que han llegado de San Francisco. Minero o... bandido. Creo que muchos huyen de allí y de los comités de vigilantes, y buscan amparo en Los Ángeles.

-Sea lo que sea, las autoridades le considerarán un hombre digno de conservar la vida. Te perseguirán.

-Ya lo sé. Por ello he huido.

-Y viniste a refugiarte aquí, ¿verdad?

-Sí.

-¿Esperas que yo te proteja? -preguntó César de Echagüe.

Luis María no contestó.

-Has venido aquí porque has pensado que yo te ocultaría o facilitaría la huida, ¿no?

Luis María Olaso siguió sin responder.

-Contesta -insistió César, aunque sin levantar la voz ni mostrar ninguna alteración-. ¿Acudiste en busca de mi ayuda?

-Vine a buscar el amparo que todo californiano debe hallar en un hermano de raza -contestó Luis María.

-Esta frase es muy hermosa –sonrió César-. Merecería ser estampada en un libro; pero no resuelve nada. No te negaré que mis simpatías particulares van hacia ti. Vengaste la muerte de Julia y eso tiene un mérito. Pero al mismo tiempo cometiste una solemne tontería, y eso ya no tiene ningún mérito. Si hubieras buscado a solas, sin testigos, al tipo aquel y lo hubieras cosido a puñaladas, entonces hubieras sido un asesino un poco vulgar y despreciable; pero... no habrías sido un idiota, podrías ir tranquilo por el mundo y no tendrías tras de ti a las autoridades del Estado de California.

-¿Qué quiere decir con eso, don César?

-Lo que he dicho: Que al matar a aquel hombre cometiste una estupidez. Y ahora, por lo que veo, quieres que yo cometa otra tontería. Quieres que te proteja, que te esconda, que me exponga a que te encuentren aquí y a que, por encubrir a un asesino, me despojen de mis propiedades. Realmente, Luis María has obrado como enemigo más que como amigo. Tú, valorado materialmente, no moralmente, vales escasamente unos diez o doce pesos, o dólares. Nadie daría más por ti. En cambio, yo, don César de Echagüe, propietario del rancho de San Antonio, administrador en nombre de mi mujer del rancho Acevedo, valgo alrededor de treinta millones. No, no puedo hacer casi nada por ti, Luis María.

-¡Por favor! -suplicó Leonor, inclinándose hacia su marido-. Debes hacer algo por él. Piensa en lo que eres y en lo que fuiste...

César de Echagüe quedó pensativo.

-Si hubieras marchado hacia el Sur sin detenerte aquí, es posible que hubieras podido salvarte -dijo, al fin, mirando a Luis María-. Pero has perdido mucho tiempo. Tus perseguidores deben de haber cortado todos los caminos, para impedirte huir. Luego empezarán a registrar los ranchitos y por último los ranchos importantes. No veo la manera de salvarte, como no sea...

Calló el dueño del rancho de San Antonio y poniéndose en pie dio unos pasos por la estancia. Al fin sentóse frente a un buró de caoba y bajando la tapa tomó una hoja de papel y humedeciendo la larga pluma de ave en el tintero de plata empezó a escribir con letra grande y clara Cuando hubo terminado, espolvoreó la nota con arenilla y agitó una campanilla de plata.

Julián Martínez respondió a la llamada.

-Toma -le dijo don César-. Lee esta nota y haz lo que indico en ella. No hay que perder un momento.

El viejo criado leyó atentamente la nota y, lleno de asombro, miró a su amo y luego a Luis María.

-Pero... señor-empezó-. ¡Es horrible! No puedo...

-Debes hacerlo en seguida. Piensa que es en beneficio de Luis María.

-Perfectamente, señor.

César de Echagüe empuñó distraídamente un pesado revólver que sacó de uno

de los cajones del buró. Era un arma pavonada, llena de incrustaciones de oro, con cachas de marfil. En una armería de San Francisco había costado quinientos dólares.

-Está cargado -anunció, distraído.

Abrióse la puerta del comedorcito y regresó Julián, seguido por cuatro peones del rancho. Éstos miraron, vacilantes, a su amo, quien asintió con la cabeza. Entonces los cuatro se precipitaron sobre Luis María y lo dominaron antes de que pudiera intentar cualquier acción para defenderse.

-¿Qué significa esto, don César? -preguntó Luis María.

-Debo velar por mis intereses, Luis -respondió César de Echagüe-. Lo lamento por ti; pero, de todas formas, ya no tenías salvación.

Dirigiéndose a Julián, siguió:

-Condúcelo a la herrería y haz que le apliquen unas esposas bien recias. Después haz venir a tres mensajeros. Quiero avisar al *sheriff,* al «juez» y a José Cova-rrubias.

-¿Me va a entregar al *sheriff*? -preguntó incrédulamente Luis María.

-Desde luego-contestó, con expresión de aburrimiento, César de Echagüe-. Él se hará cargo de ti. El juez será testigo de la detención y el amigo Covarrubias, que según mis informes es un excelente abogado, te defenderá cuando seas juzgado. Es todo cuanto puedo hacer por ti.

-¡Canalla! -rugió Luis María-. ¡Tu padre tenía razón al decir que eres despreciable! ¡Está bien, salva tu oro y tu tranquilidad; pero todo eso no te impedirá ser despreciado por todo tu pueblo! ¡Vete a Washington! ¡Vive entre los yanquis, ya que eres igual que ellos! Vete...

-Te cansas inútilmente -sonrió César de Echagüe-. Tus palabras son las de un necio y a ellas presto, como es debido, oídos sordos. Adiós y... feliz viaje.

César volvió la espalda a Luis María, que fue arrastrado fuera del comedorcito. Sin hacer caso de los gritos que lanzaba el preso. César sentóse a escribir. Llenó tres hojas de papel y las dobló cuidadosamente, sellándolas con su sello de oro. Cuando hubo terminado, agitó la campanilla y tres peones entraron en la estancia. Vestían como dispuestos a cabalgar y aguardaron respetuosamente las órdenes de su patrón.

-Tú llevarás esta nota a don José Covarrubias -dijo César a uno de sus servidores-. Marcha en seguida.

El peón tomó la nota y, después de saludar, abandonó la estancia.

-Tú lleva ésta al juez Salters -siguió César, entregando la otra nota.

Cuando el segundo peón hubo salido, César entregó la tercera nota, que era para el *sheriff* Koster.

-Seguramente tardarán en encontrarlo; pero no importa -dijo-. En realidad no me interesa que llegue demasiado pronto.

Partió el último mensajero y Leonor avanzó lenta y pausadamente hacia su marido.

-¿Ésa ha sido la reacción que te ha producido nuestra charla? -preguntó.

-¿Qué querías que hiciera? -preguntó César.

-Por lo menos, dejarle escapar. Todo menos entregarle con tus propias manos a la justicia.

-Es la única manera de conservarle la vida unos días más -replico César.

-¿Qué quieres decir?

-Si el *sheriff* y sus hombres hubieran cazado a Luis María por los montes, lo habrían colgado del árbol más próximo.

-¿Y si hubiese podido huir?

-Koster es un canalla; pero no tiene nada de tonto. En vez de perseguir a Luis María, se ha anticipado a él, tomando todos los puntos por donde podía buscar la

salvación.

-Eso es una suposición tuya.

-¿No te extraña que a pesar de hallarse la taberna de Fawcet frente a la oficina del *sheriff,* Luis María haya podido distanciar tanto a sus perseguidores que éstos no hayan aparecido aún? No, no le persiguieron. Mientras Luis María perdía el tiempo viniendo hacia aquí, Koster distribuyó a sus hombres por los caminos y carreteras que Luis debía seguir y les ordenó que al verle llegar disparasen sobre él o lo ahorcaran. La justicia expeditiva es la que conviene a los explotadores de esta tierra.

-Si eso es cierto, haciendo lo que has hecho has privado a Luis María de toda posibilidad de salvación. Es como si tú mismo le pusieras la cuerda al cuello.

-Covarrubias es un buen abogado. Es el primero que ha cursado leyes en Boston y además conoce las leyes españolas que aún rigen aquí. Podrá defender muy bien a Luis.

-El juez Salters le elegirá un jurado a su gusto y hará que declaren culpable al pobre muchacho...

-En ese caso mi responsabilidad estará salvada.

-Tu responsabilidad y tu egoísmo -dijo, despectiva, Leonor.

-También mi egoísmo. Tengo un hogar, unos intereses que defender, me voy haciendo viejo. Necesito calma y serenidad. *El Coyote* murió hace años.

-Es verdad. Hasta ahora he dudado que hubiera muerto de veras -dijo Leonor.

Soltando una dolorosa carcajada, siguió:

-¡Y pensar que he temido que resucitase! ¡Está más que muerto! Está descompuesto ya.

-Sí, reducido a polvo -suspiró Cesar dejando caer sobre la palma de la mano izquierda un chorro de arenilla de la que utilizaba para secar la tinta-. Polvo como éste, que ya no sirve para nada.

Leonor acercóse más a su marido.

-¿Es posible que alguna vez hayas sido lo que fuiste? -preguntó.

-Parece mentira, ¿verdad? -sonrió César-. No lo es. Cuando fui herido sentí que algo moría dentro de mí. Quizá fue el valor.

-Pero es que lo de ahora es algo gravísimo. Muy bien que no hubieras querido dar cobijo a Luis María. Podías haberle dado dinero...

-Dinero que hubiera sido identificado como mío cuando los del *sheriff* hubiesen apresado a Luis.

-Por lo menos podías haberle dicho con honradez que no podías protegerle.

-Le pagaré los servicios del mejor abogado de Los Ángeles.

-No. Lo que harás será pagar tu conciencia para que no te desvele por las noches.

-Quizá.

Leonor se retorció las manos.

-¡Es horrible! -exclamó-. Aunque jurase a Koster que tú fuiste *El Coyote,* no me creerían, después de ver lo de hoy. ¡Pobre Luis María!

-En realidad ha cometido una locura y es muy justo que la pague. Yo he sido siempre sensato. ¿Por qué he de exponerme a la ruina, a hacer desgraciados a cuantos me sirven, por proteger estúpidamente a un loco?

-Tienes razón -replicó Leonor, muy altiva-. Soy tu mujer. Estoy unida a ti por indisolubles lazos, y debo obedecerte y resignarme. No me quejaré; pero deberás saber que, desde hoy, sólo sentiré desprecio hacia ti. Si alguna vez fuiste un héroe, ha debido pasar mucho tiempo desde entonces.

-Dos años -sonrió César.

-Parece que debieran ser dos siglos. O dos mil. Lo necesario para convertir al león en raposa.

-Gracias, esperaba oír que me llamaran ratón. Al fin y al cabo, la zorra es alguien importante. Eres muy tonta, Leonor, y cuando veas como el jurado declara inocente a Luis María...

-Cuando llegue ese momento te suplicaré que me perdones; pero creo que ha de pasar mucho tiempo antes de eso.

-Una semana o dos -replicó César-. Y ahora, sube a acostarte, pues no quiero que estés presente cuando lleguen los hombres del *sheriff.*

-Gracias. Temí que exigieras mi presencia. Buenas noches.

-Que descanses -replicó César.

Leonor salió del comedorcito y al cabo de unos minutos de haberse cerrado la puerta trasera, César lanzó una alegre carcajada.

Luego volvió junto al buró y empuñando de nuevo el revólver Colt lo descargó y durante unos minutos estuvo manejando el arma, disparándola con tal rapidez que el percutor al caer formaba un continuo y prolongado chasquido.

Covarrubias fue el primero en llegar. Fue introducido en el comedorcito y, después de saludar cortésmente a César, preguntó:

-¿Es verdad, don César, que ha detenido usted a Luis María Olaso?

-Sí. Como te decía en la nota, ha cometido la locura de asesinar a un norteamericano. Luego se dio a la fuga, vino a esconderse aquí, esperando que yo me comprometiera por él. Opino que la ley y la justicia son las encargadas de velar por él. Si no se puede conseguir su absolución, al menos lograras que le condenen a unos años de cárcel, ¿verdad?

-¿Debo defenderle?

-Sí.

-Será mi primer caso ante los tribunales de Los Ángeles -recordó Covarrubias, hombre alto, delgado, de cabello y bigote muy negros, mirada firme y movimientos ágiles.

-¿Y qué?

-Hubiera preferido un caso más fácil -declaró, honradamente, José Covarrubias.

-¿No te parece fácil? Luis María mató a un hombre que acababa de asesinar a una mujer.

-Pero esa mujer quería asesinar a Fawcet, el tabernero.

-No te será difícil demostrar que Luis María ignoraba que Julia tuviera tales intenciones.

-Al contrario, don César; no tengo ninguna confianza de probar la inocencia de Luis María. Seré derrotado, y si usted no tiene especial interés...

-Lo tengo, José. Mi padre pagó tus estudios de leyes en Sacramento y en Méjico. Cuando volviste, las cosas habían cambiado, había nuevas leyes y tuviste que marchar a Boston. Cuando faltaba poco para terminar tus estudios murió mi padre y yo acabé de pagar tus matrículas, tu título, te compré una casa para que pudieras establecerte en Los Ángeles, y creo recordar que te pago quinientos dólares semanales por cuidar mis intereses. Ya sé que pronto podrás decirme que no necesitas ese dinero. Conozco la marcha de tus negocios y me alegro de que vayan viento en popa; sin embargo, en este caso creo tener perfecto derecho a exigirte que corras el riesgo de desacreditarte. Es un favor que te pido y, si es preciso, te lo exigiré.

José Covarrubias miró asombrado a César. Nunca le había oído hablar con tanta energía.

-Desde luego, don César, haré lo que usted desee -declaró-. No me importa ser

derrotado.

-Me alegra oír eso. Yo confío en la justicia y en la ley de los norteamericanos y sé que nos consideran sus hijos más queridos, no como a un pueblo sometido por las armas. Ya verás cómo el juez Salters hace que se imponga la ley.

Covarrubias iba a expresar sus dudas cuando Julián entró, anunciando la llegada de Simón Salters.

El juez era un hombre bajo, de cabeza medio calva, rostro arrugado, canallesco, nariz aguileña con la que parecía husmear continuamente, y que, además, parecía dotada de movimiento.

-Buenas noches, don César –saludó con servil sonrisa-. ¿Puede decirme a qué debo el honor...?

-Bien venido a mi pobre hogar -replicó César, estrechando blandamente la mano de juez-. Temía disgustarle haciéndole venir a estas horas y por estos malos caminos. Pero ha ocurrido algo muy grave.

-¿De qué se trata? -preguntó Salters-, En su carta sólo me dice que ocurre algo grave que requiere mi presencia.

-Pues... he detenido a un asesino -dijo César-. Lo tengo esposado y custodiado por mis hombres. Se trata de Luis María Olaso.

-¿El asesino de Max Clymer?

-No sé si mató a ese Clymer. Sólo sé que mató a alguien en la taberna de Fawcet.

-Sí, es el mismo. Koster y sus hombres lo andan buscando.

-Vino a buscar refugio en mi rancho -explicó César. Y sonriendo agregó-: Sin duda pensó que por pertenecer a una antigua familia del país yo le apoyaría. Pero soy amante de la ley y he cumplido sus ordenanzas. He hecho detener a Luis María Olaso. Y como en la herrería del rancho guardamos algunas esposas de aquellos tiempos en que los Echagüe éramos señores de vidas y haciendas en el pueblo de Nuestra Señora de los Ángeles, ordené a mis hombres que aplicaran a las muñecas y a los tobillos de Luis María unas recias cadenas.

-¿Dónde está ahora? -preguntó Salters.

-En la caseta de Julián, custodiado por treinta de mis hombres.

-¿Y para eso me ha llamado? -preguntó Salters, sin poder disimular su mal humor.

-Quería que estuviese usted presente en el momento de entregar el prisionero al *sheriff* Koster. También he querido que estuviese presente el abogado señor Covarrubias. Será el abogado defensor de Luis María Olaso.

-¿Y qué?

-Nada -sonrió César de Echagüe-. He creído que estando presentes usted y el señor licenciado, el *sheriff* Koster tendría buen cuidado de impedir un linchamiento. También deseo pedirle que me extienda un documento legal para que lo firme Koster, reconociendo que recibe de mis manos, y delante de usted y del señor Covarrubias, al detenido Luis María Olaso.

-¿No cree que un linchamiento sería para ese pobre Luis María menos desagradable que todo un proceso?

-No, señor juez -declaró César-. Luis María buscó amparo en mi casa creyendo no sé por qué, que yo me opondría a la marcha de la ley. Yo soy respetuoso cumplidor de todas las leyes, y por eso no le he ayudado como él quería; pero, en cambio, deseo ayudarle proporcionándole un buen abogado, un juicio legal y la segundad de que si es condenado a muerte, no será a impulsos de la violencia ciega, sino del sereno juicio de un jurado.

-Está bien, don César. Como usted quiera -refunfuñó el juez.

-Sólo quiero lo legal, señor Salters. Ahora le agradeceré que extienda el documento.

En ese buró que César había utilizado antes, cogió una hoja de papel y al ir a humedecer la pluma en el tintero tuvo que apartar el revólver de César. Estuvo a punto de hacer un comentario sobre el arma; pero lo dejó para luego y extendió un recibo en regla.

Cuando hubo terminado, encendió un cigarro habano que César le ofreció.

-¿Sabe algo de su cuñado? -preguntó el juez.

-Sí; recibí carta esta mañana. Pronto tendré un sobrino o sobrina.

-¿Tardará mucho en conocerle? -preguntó Salters.

-Si no me decido a ir a verle a Washington, tardaré casi un par de años.

Salters tuvo dificultad en disimular la alegría que estas palabras le producían.

-¿Quiere decir que el señor Greene no vuelve a Los Ángeles como representante del Gobierno?-inquirió.

-No. El Estado de California es ya mayor de edad y no necesita que el gobierno federal cuide de él. Tenemos nuestros buenos jueces, nuestro gobernador en Sacramento y nuestros *sheriffs.* No necesitamos más.

Si Salters advirtió la ironía que vibraba en las palabras de César, logró disimularlo y, después de encender su cigarro, comentó, dirigiendo una mirada a su alrededor.

-Vive usted bien, don César.

-Mis abuelos y mis padres se afanaron por dejarme una gran fortuna. Además, me casé bien y si algún día tengo un hijo heredera un montón de fortunas.

Lanzando al techo una columna de humo, el juez siguió:

-Es usted de los pocos californianos inteligentes. Se ha dado cuenta de que es mejor nuestra amistad que nuestra enemistad.

-En efecto. Conozco los Estados Unidos. Son poderosos y lo serán mucho más; sobre todo si logran que el Norte y el Sur se entiendan. En cuanto pase el peligro de una división entre los estados industriales y los agrícolas, no habrá nación más poderosa. ¿Qué podemos intentar nosotros contra semejante coloso? Es preferible ser amigos suyos. Por cierto, ahora que hablamos de amistad, que hay en usted algo que me ha extrañado siempre mucho, señor Salters.

-¿A qué se refiere, don César? -preguntó el juez.

-Al hecho de que no tenga usted un carricoche para ir por estas tierras. El montar a caballo no debe de serle cómodo.

-Pero un carricoche es caro -replicó Salters.

-¿De veras? -César fingió asombro-. Si a usted no le importara usar uno algo viejo... Venga, señor Salters. ¿Nos permite un momento, amigo Covarrubias?

El abogado aseguró que no le importaba quedarse solo, y Cesar guió al juez hasta una de las cuadras, donde le mostró un carricoche en perfecto estado y que sólo necesitaba una ligera capa de pintura.

Los ojillos del juez se iluminaron, codiciosos.

-No está mal -dijo-. Algo arreglado podrá servir... Pero es un regalo demasiado bueno.

-¡Oh, no! No es un regalo, señor Salters. Yo nunca me atrevería a regalarle otra cosa que un puro o una copa de licor. Este carricoche me lo entregó un amigo que me debía diez dólares. Una deuda de juego. Él se marchaba hacia Méjico, no tenía tiempo de vender el carricoche y como yo, en realidad, no lo necesitaba... En fin, me lo dio como pago de los diez dólares. Si usted quiere comprarlo por el mismo precio...

-Lo haré, convencido de que le robo mil dólares -rió Salters, sacando una abultada bolsa, de la que extrajo una moneda de a diez dólares, que entregó a César. Éste la guardó distraídamente, diciendo:

-El coche es suyo, señor juez.

-No sólo ha vendido un coche, sino que, además, ha ganado un amigo.

César miró a Salters y dijo, con una sonrisa:

-El adquirir amigos es lo más importante del mundo. Sobre todo en una época como la actual.

Mientras regresaban al rancho, César siguió:

-No creo que el *sheriff* pueda acusarme de nada, ¿verdad? Quiero decir que no verá nada ilegal en el hecho de haber apresado a Luis María. ¿No creerá que me entrometo en sus atribuciones?

-No. Yo le convenceré.

En efecto, cuando llegó Koster, Salters no tuvo dificultad alguna en convencerle de que no sólo debía dar las gracias a don César, sino que, además, era muy conveniente que el preso llegara vivo a la cárcel, pues conservando el señor Echagüe el recibo firmado por el *sheriff* y siendo cuñado de una persona tan importante como el señor Greene, un linchamiento podría ser acogido con gran desagrado por el gobernador del Estado de California.

Koster aseguró que no ocurriría nada semejante, firmó el documento reconociendo recibir vivo y esposado de manos de César de Echagüe a Luis María Olaso, y colocando al preso sobre un caballo partió hacia Los Ángeles.

-Creo que ya pueden ustedes marcharse -dijo César, dirigiéndose a Salters y a Covarrubias.

Éste fue el primero en partir, pues el juez necesitó un buen rato para enganchar su caballo al carricoche, que en California no habría podido comprar por menos de mil quinientos dólares.

Leonor desde la ventana de su cuarto vio cómo se alejaba el juez en el carricoche y, llena de curiosidad, olvidando la escena de unas horas antes, bajó al salón, donde César acababa de fumar su puro.

-¿Por qué se marcha Salters en el coche de Zabala? -preguntó.

-Se lo he vendido -contestó César agregando-: Por diez dólares.

-¿Cómo? -Leonor desorbitó los ojos-. ¿Estás bromeando?

-No -replicó César, sacando la moneda que le había entregado el juez-. Me dio estos diez dólares y llevóse el coche.

-Pero... Zabala dejó aquí el carruaje para que lo vendieras por quinientos dólares o lo que pudieses obtener. Encargó a Julián de la venta. ¿Qué le dirás cuando escriba?

-Que lo he vendido por mil dólares -sonrió César.

-¿Y le enviarás ese dinero?

-Sí; le enviaré mil dólares.

-¿Perdiendo novecientos noventa?

-Soy lo bastante rico para ello. Buenas noches, Leonor. Ya he encargado a Julián que cuide del entierro de Julia Ibáñez. ¡Pobre mujer!

Leonor salió del salón y mientras subía a su dormitorio sintióse asaltada por distintas emociones. Por dos veces estuvo a punto de volver sobre sus pasos y entrar de nuevo en el salón.

Mas aunque lo hubiera hecho no habría podido hablar con su marido; porque en aquellos momentos César de Echagüe no estaba ya allí, sino en una de las bodegas del rancho, frente a un arcón de roble. Lo había abierto y estaba contemplando un rico traje mejicano, un sombrero de cónica copa y un cinturón canana, del que pendían dos fundas

de revólver. Una de las fundas estaba vacía. La otra contenía un Colt de largo cañón y de modelo ya anticuado, a pesar de que era como la mayoría de los usados por los hombres del Oeste.

César retiró aquel revólver y después de contemplarlo un momento lo dejó en el fondo del arcón. Del suelo cogió dos revólveres de pavonada superficie y llenos de incrustaciones de oro y los colocó en las fundas. Uno de aquellos revólveres era el mismo que poco antes había examinado en el comedorcito y que había estado en el buró. El otro procedía del mismo lugar.

Con una triste sonrisa, y dirigiéndose al traje, César murmuró:

-*Coyote,* vas a tener que resucitar.

Capítulo V

Las órdenes del Coyote

La bodega tenía una salida secreta al jardín. Un tío del joven César de Echagüe la había utilizado para guardar oro y armas cuando la lucha de California contra los Estados Unidos. Incluso se habían guardado allí varios caballos, y tanto la entrada del jardín como la del interior eran prácticamente invisibles, y sólo Julián y César conocían su existencia.

-¿Va usted a volver, don César? -preguntó Julián, que había estado arreglando uno de los pesebres, preparándolo para el caballo que pronto debería ocultarse en la bodega.

-Sí, Julián -replicó el joven-. Tenemos que resucitar al *Coyote.*

-Yo esperaba... -empezó el fiel servidor.

-También lo esperaba yo, Julián; pero las cosas no ocurren siempre como nosotros esperamos o deseamos.

-¿Piensa rescatar a Luis María?

-No. Para eso no le hubiera dejado detener.

Mientras hablaba, César iba vistiéndose el traje que dos años antes creyera abandonar para siempre. Cuando, ayudado por Julián, se hubo ceñido la faja, cogió el cinturón y retirando de él las dos fundas las colocó en otro cinturón en el que podían colocarse hasta cincuenta cartuchos.

-Los tiempos cambian, Julián -sonrió César, mientras iba llenando de cartuchos los departamentos de la canana-. Hace dos años, el poder disparar seis tiros seguidos era algo casi maravilloso. Ahora, en cambio, la idea de perder diez minutos volviendo a cargar el revólver resulta cómica. Los cartuchos metálicos me hubieran sido muy necesarios en mis tiempos de bandido generoso.

Cuando se hubo ceñido el cinturón y sujetado las fundas a las piernas, César se puso la chaquetilla, los guantes de fina piel y antes de ponerse el sombrero se colocó el antifaz de negra tela.

Durante unos segundos, Julián estuvo contemplando a su amo.

-Hubiera querido que el señor no hubiese tenido jamás que ponerse de nuevo ese disfraz -dijo.

-Yo también; pero no puedo rehuir por más tiempo ese deber. Hoy no tardaré mucho en volver. Sólo quiero visitar a unos antiguos servidores.

Saliendo de la bodega por una pequeña rampa que conducía al jardín y que se hallaba disimulada bajo un falso plantel de flores, *El Coyote* montó de un salto en el negro caballo que le aguardaba. Un momento después salía del rancho y emprendía la marcha hacia Los Ángeles.

No llegó a entrar en la población. En vez de ello dirigióse hacia el barrio habitado por las familias indias y se detuvo frente una casa de aspecto algo mejor que las vecinas. Con la culata de uno de sus revólveres dio tres golpes espaciados y dos seguidos en la puerta. Al cabo de un par de minutos repitió la llamada.

-¿Quién llama? -preguntó una voz de mujer.

-*El Coyote,* Adelia.

Abrióse la puerta y hombre y caballo aparecieron en el interior de la casa.

Una india muy gruesa sostenía un candil de aceite y miraba, asombrada, a su visitante.

-No esperabas volverme a ver, ¿verdad, Adelia? -preguntó *El Coyote,* avanzando hacia ella.

-No, señor, no esperaba -replicó la mujer.

La luz del candil se reflejaba en sus ojos. A primera vista, Adelia parecía una mujer sin ninguna inteligencia; pero en seguida se podía advertir que ese aspecto era falso, era, en realidad, una máscara que encubría una inteligencia maravillosamente desarrollada.

-¿Estás dispuesta a ayudarme?

-Desde hace dos años he recibido todas las semanas el pago de un trabajo que no he hecho -respondió la india-. Estoy en deuda con el señor y deseo saldarla.

-¿Sigues encargada de la limpieza del tribunal?

-Sí, don *Coyote.*

-¿Has aprendido a leer el inglés?

-Sí.

-Han detenido a Luis María Olaso.

-Lo sé, señor.

-¿Sabes por qué lo han detenido?

-Porque el canalla de don César de Echagüe lo ha traicionado.

-Don César recibió una orden mía y la obedeció. No es ningún canalla.

-Está bien, señor.

-A Luis María lo detuvieron por matar a un tal Clymer, que asesinó a Julia Ibáñez. Ahora está en la cárcel. No lo lincharán. Será juzgado dentro de una semana. ¿Sabes quién elegirá el jurado?

-El juez Salters.

-Sí. El juez y el *sheriff* y quizá Perkins, que está en muy íntimas relaciones con esos dos canallas. Pasado mañana decidirán quiénes deben ser los miembros del jurado... Salters anotará sus nombres y guardará la lista en su mesa de trabajo en el despacho que tiene en el tribunal. Al otro día, bien de mañana, limpiarás el despacho de Salters, abrirás el cajón sin dejar ninguna señal, copiarás la lista de nombres de los miembros del jurado y me la entregarás.

-Bien, señor. ¿Qué más?

-Si ocurriera algo más, ya sabes lo que debes hacer. Igual que antes. ¿Recuerdas?

-Sí. Debo encender una luz en la ventana alta y luego dejar una nota en el árbol...

-Bien. Veo que no has olvidado nada. Advierte a los amigos que *El Coyote* ha vuelto.

Adelia fue a abrir la puerta y, después de asegurarse de que nadie podía ver al misterioso jinete, dio la señal para que *El Coyote* saliese.

Este picó espuelas a su caballo y salió al galope, cruzando las desiertas calles y dirigiéndose al centro de la ciudad. Metióse por una calleja y llegó junto a un viejo muro. Colocándose de pie sobre la silla de su caballo saltó aquel muro y avanzó entre los arbustos de un bien cuidado jardín. Encaramóse por una pared, asiéndose a la recia yedra que la cubría y llegó a la galería que se extendía por tres de los cuatro lados de la casa.

Avanzando con cauteloso andar llegó hasta una puerta de cristales, a través de los cuales se filtraba una amarillenta luz. Un breve vistazo permitió al *Coyote* ver a José Covarrubias sentado frente a su mesa de trabajo, estudiando un grueso volumen de leyes.

El Coyote sonrió. Examinó un momento la puerta y vio que estaba entornada. Desenfundando uno de sus revólveres empujó la puerta y entró en el despacho del abogado.

Éste, al oír los pasos de su inesperado visitante, levantó la cabeza y alargó la mano hacia una pistola de dos cañones que tenía sobre la mesa.

-Quieto, don José -ordenó *El Coyote,* levantando el percutor de su revólver-. Vengo como amigo.

-¿Quién es usted? -preguntó Covarrubias.

-¿No ha oído hablar de mí? -replicó César-. Más de un hombre anda por California con una oreja destrozada por un balazo disparado por mí.

-¡El Coyote!

-El mismo.

-Pero... todos decían que había muerto.

-He resucitado.

-¿Y qué quiere de mí?

-Darle un consejo.

-¿Cuál?

-¿Va a defender a Luis María Olaso?

-Sí.

-Perfectamente. Si quiere ahorrarse un disgusto, a partir de mañana vaya todas las noches a la taberna de Fawcet. Esté en ella hasta el momento de cerrar, o sea hasta casi las dos de la madrugada.

-No tengo nada que hacer en semejante lugar.

-Lo sé, señor Covarrubias; pero quizá sea conveniente que muchos testigos puedan probar que usted no he dejado de acudir ninguna noche allí. Es un consejo que le doy en su propio beneficio.

-¿Y si no hago caso de él?

-Podría exponerse a graves consecuencias, la menor de las cuales sería que le ahorcasen confundiéndole conmigo.

Covarrubias palideció.

-¿Es una broma? -preguntó.

-No, es una realidad. Aunque algo desagradable, es verdad. Además, una de las noches que usted pasará en la taberna de Fawcet verá y oirá algo muy útil para la defensa de Olaso.

Mientras decía esto, *El Coyote* habíase acercado a la mesa, y cogiendo la pistola

del abogado apretó el resorte que abría los dos cañones y con el dedo pulgar retiró las chimeneas de cobre de los cebos.

-Es sólo una precaución -sonrió-. Usted debiera considerarme su amigo; pero quizá tiene ideas particulares acerca de esto y no quiero dejarle en condiciones de dispararme un tiro mientras salgo de este despacho.

-No lo hubiera hecho, aunque hubiese dejado cargada la pistola.

-Gracias, señor Covarrubias. Le prefiero amigo. Adiós.

El Coyote enfundó su revólver, después de bajar suavemente el percutor, y saliendo al balcón descendió por donde había subido. Un minuto y medio más tarde, José Covarrubias oyó el galopar de un caballo y comprendió que *El Coyote* regresaba a su madriguera.

-¿Quién puede ser ese hombre? -preguntóse, mientras reponía los cebos de su pistola-. Ha sabido muy pronto que yo me encargaba de la defensa de Luis María. Eso quiere decir que estaba en el rancho de San Antonio... Pero, no... También puede haberlo sabido por el juez Salters o por Koster, o por cual quiera de sus hombres. Todos se enteraron.

Luego, meditando sobre lo que le había dicho *El Coyote,* el abogado decidió que, por extraño que resultara el consejo o la orden, era preferible obedecer al pie de la letra.

Covarrubias, como todos los californianos, conocía las viejas hazañas del *Coyote.* Como todos, le creía muerto, pues aunque había puesto siempre una larga pausa entre sus épocas de actividad, nunca había estado dos años inactivo. Además, allí mismo, en Los Ángeles se había dado muerte a un hombre vestido con las ropas del *Coyote.* ¿Sería un impostor aquel visitante? ¿Sería uno que trataba de resucitar a un muerto?

Era posible; pero, no obstante, José Covarrubias tuvo la convicción de que el enmascarado que acababa de salir de allí era el verdadero *Coyote.*

Capítulo VI

Tres canallas se reúnen.
La justicia del Coyote

Tres hombres se hallaban reunidos en el despacho del juez Salters. Era casi la una del mediodía y el edificio donde estaban instalados los tribunales se hallaba casi desierto. Sólo algunas indias encargadas de la limpieza recorrían el interior de la casona, recogiendo papeles y quitando más mal que bien el polvo acumulado.

Simón Salters observó un momento a Koster y Sam Perkins. Éste preguntó al fin:

-¿Has elegido ya el jurado?

-Sí -contestó Salters-. Doce miembros escogidos, diez de ellos entre los residentes de ascendencia norteamericana y dos mejicanos.

-¿Quiénes son los mejicanos?

-Carrillo y Cuenca.

Koster sonrió.

-Los conozco demasiado -dijo-. Son casi inquilinos permanentes de la cárcel.

-Supongo que los otros serán por estilo, ¿verdad? -preguntó Perkins.

-De confianza -rió Salters.

-¿Cómo se le ocurrió a ese borrico de César de Echagüe hacer que detuviéramos a Luis María? -preguntó Perkins.

-Ese César de Echagüe no es tan tonto como creen muchos de los habitantes de Los Ángeles -replicó Salters-. Si se hubiera limitado a hacer escapar a Luis María, se hubiera sabido que había estado en su rancho y el señor Echagüe hubiera tenido, tal vez, que responder de su acción. Si sólo hubiese avisado al *sheriff* diciéndole que tenía detenido a Olaso, el amigo Koster habría podido declarar que había sorprendido al asesino oculto en el rancho de César de Echagüe, con lo cual hubiéramos podido apoderarnos del rancho por medio de un proceso contra su dueño. En cambio, asegurando los abundantes testigos, y un recibo en regla, entregando al prisionero esposado y cargado de cadenas, se ha puesto a cubierto de toda sospecha desagradable.

-Y regalándote el carricoche se ha hecho amigo tuyo, ¿no? -preguntó Koster.

-Mi precio es algo mayor -rió el juez-. Pero, de todas formas, no niego que profeso simpatía a don César. Además, tiene amigos buenos e influencia en las altas esferas. De momento es preferible no tenerlo por enemigo; ya llegará un momento en que su rancho y sus tierras puedan pasar a nuestras manos.

-Clarke lo intentó -recordó Perkins-. Fue muy raro lo que ocurrió con ese general.

-No -replicó el juez-. No fue nada extraño. Jugó y perdió. Lo importante en la vida es saber jugar y saber ganar.

-Como nosotros -sonrió Koster.

-Por ahora -advirtió Salters-. Es muy conveniente no descuidar ningún detalle. Tengo ya dispuesto el jurado que ha de ver la causa contra Olaso. Le declararán culpable y le haremos ahorcar. El incidente carece de importancia a menos que... A menos que Fawcet hable demasiado.

Al decir esto, Salters miró significativamente a Perkins. Éste echóse a reír.

-Fawcet sabe lo que debe hacer. No viviría ni cinco minutos más si dijese a alguien la verdad.

-Si yo estuviese en tu lugar, Perkins, procuraría asegurarme de que a Fawcet le es materialmente imposible decir nada contra ti. Ha sido ya útil; pero no creo que te pueda servir para nada más.

-Y los muertos no hablan -sonrió Koster.

Perkins se acarició la barbilla mientras miraba con expresión entre astuta y amenazadora a sus dos compañeros.

-No sé hasta qué punto puede interesarnos un proceso de eliminación -dijo.

Salters y Koster le miraron inquietos.

-Yo soy quien está en mejores condiciones para ir haciéndome con las propiedades -siguió Perkins-. No tengo ningún cargo público. Nada me impide convertirme en propietario de la mitad de Los Ángeles. Pero... he de repartir con vosotros los beneficios. Si me aconsejáis eliminar a Fawcet porque ya no me es necesario, podría ocurrírseme que tampoco vosotros me sois necesarios.

Los otros dos hombres se pusieron en pie e inclináronse, amenazadores, hacia Perkins.

-Si pretendes... -empezó Koster.

-No pretendo nada, *sheriff* -sonrió Perkins-; pero aunque pretendiese algo, no son tus posibles violencias las que me asustan. Si tú tienes hombres de confianza, yo los

tengo mejores y más seguros. Y si pretendieras acusarme de algo, antes tendrías que acusarte a ti mismo y a nuestro amigo el juez. Lo único, sería matarme a traición; pero entonces perderíais el botín.

-¿A dónde vas a parar con esas tonterías? -gruñó Salters.

-Tienes razón, Salters, son tonterías -rió Perkins-. No haré nada contra vosotros; pero me alegro de que haya salido esta conversación; pues es muy importante que nos demos cuenta de que debemos estar unidos, y que es mejor una tercera parte del botín, que perder todo ese botín. Vosotros podéis ayudarme, porque sois la ley. Yo, en cambio, os puedo ayudar porque no soy la ley ni mucho menos. Si viniera otro juez u otro *sheriff,* mi negocio se hundiría. Me interesa, pues, que sigáis aquí. En cambio, a vosotros os costaría encontrar otro canalla como yo. Por lo tanto, también os interesa que permanezca unido a vosotros. Si las cosas siguen así pronto seremos dueños de la mayor parte de estas tierras, y cuando llegue el momento, echaremos de las suyas a ese César y nos apoderaremos de todo lo suyo, especialmente de sus yacimientos de oro.

-Los Echagüe están emparentados con Greene -recordó el juez-, Y Greene es alguien.

-Pero está lejos -recordó Koster-. No se me había ocurrido pensar que si hubiéramos detenido a Luis María Olaso en el rancho de San Antonio hubiéramos podido acusar a Echagüe de convivencia con los revoltosos.

-El juego es algo peligroso -sonrió Salters-; pero si aquella oportunidad ya pasó, en cambio nos queda otra. ¿Quién impide a César de Echagüe arrepentirse de haber entregado a Luis María a la justicia? Y si se arrepiente, ¿por qué no ha de poder enviar socorro a ese Luis María? Un arma, una lima para que se abra camino hacia la libertad.

-No es mala idea -sonrió Koster-; pero creo preferible dejar a los Echagüe para más adelante y terminar antes el asunto de Luis María. Si no se viera segura su condena podríamos facilitarle huida y... vernos obligados a matarlo.

-No. El jurado sabe lo que debe hacer.

-¿Y si el abogado defensor se muestra disconforme con el jurado y pide que se elija otro nuevo?

-Tenemos suficientes amigos a quienes elegir -declaró Salters-. Además -prosiguió-, a Covarrubias le conviene no disgustarnos mucho. Tiene entre manos algunos casos sobre expropiación de fincas y sabe que de mí depende el fallo favorable para sus intereses.

Koster había encendido un negro y retorcido cigarro y mientras contemplaba la brasa del extremo dijo:

-Esta madrugada tuve que meter en la cárcel a un borracho que contaba la historia más fantástica que os podáis imaginar. ¿A quién creéis que decía haber visto?

-¿A algún fantasma? -preguntó Perkins.

-Sí; precisamente, a un fantasma.

Koster calló un momento, para dejar que el interés prendiera más en sus compañeros, y por fin dijo lentamente.

-Al *Coyote.*

-¡Bah! -exclamó Salters-. *El Coyote* murió hace dos años.

-Por lo menos, eso se dice -intervino Perkins-. ¿Estaba muy borracho el que dijo eso?

-Bastante. Contaba que lo vio pasar al galope, vestido de negro, con su antifaz, su sombrero mejicano, su inconfundible caballo. El borracho estuvo a punto de morir del susto.

-O de la borrachera -dijo Koster-. ¿Quién se acuerda del *Coyote?*

-Son muchos los que se acuerdan de él -dijo Perkins-. Y si surgiese alguien que

se hiciese pasar por *El Coyote,* arrastra ría a muchos de sus compatriotas.

-No -dijo Saliere-. Nadie se atreverá a hacer semejante cosa. El que pretenda hacerse pasar por *El Coyote,* sabe que firma su sentencia de muerte. Eso que ha dicho Koster es una visión de borracho. Marchad ahora a vuestro trabajo y dejadme escribir las citaciones para los jurados. Tengo aquí la lista...

Abrió el cajón y, después de buscar un momento, sacó una hoja de papel de barba que estaba llena de nombres escritos con gruesa letra.

Koster y Perkins estuvieron un momento contemplando al juez, mientras éste iba llenando las citaciones; luego se despidieron de él, saliendo al pasillo.

Capítulo VII

Doce jurados

Muy escasa era la iluminación pública de Los Ángeles en aquella primavera del año 1853. El Municipio no estaba en condiciones de suministrarla. Y a los vecinos les tenía sin cuidado que hubiera luz o no. De todas formas, algunos, deseando, sin duda, colocar un faro que les guiara hasta sus casas, tenían sobre las puertas de las mismas un farol de petróleo o de aceite, cuya amarillenta luz era como una solitaria estrella en la lobreguez de la calle.

Junto a uno de aquellos faroles se veía en aquellos momentos a un jinete. La luz bastaba para descubrir su traje. Éste indicaba que la nacionalidad del desconocido era mejicana. También dejaba ver que el motivo de haberse acercado al farol era la necesidad o el deseo de leer el contenido de un papel que tenía en la mano.

Si alguien hubiera estado lo bastante cerca del jinete, habría advertido una leve sonrisa que curvaba sus labios. También hubiese advertido que el labio superior estaba cubierto por un fino bigote y que un negro antifaz le ocultaba la parte superior del rostro.

Estos detalles hubieran hecho comprender al curioso quién era el jinete, y si se hubiera tratado de un nativo de California, la alegría le hubiese invadido. En cambio, de tratarse de un norteamericano, el temor o el odio se habría adueñado de su alma.

Sólo un recién llegado del Este o del Norte hubiera dejado de reconocer en el enmascarado al famoso *Coyote.*

Si hubiera sido posible mirar por encima de su hombro, se habría visto que el papel que tenía en la mano contenía una lista con once nombres. Éstos eran:

Julián Carrillo,
Luis Cuenca,
Alien Spark,
Thomas Weeks,
Charles Alden,
Sidney Fowler,
York Emery,
Pat Kirk,
Wade Flagg,

Joe Potts,

Chick May.

Una sonrisa cruzó por los labios dei *Coyote.* Guardando el papel, rozó con las espuelas a su caballo y lo lanzó al galope, desapareciendo entre las tinieblas.

Julián Carrillo y Luis Cuenca pertenecían a la clase más ínfima de Los Ángeles. No quiere decirse que fueran pobres. Había muchos pobres, casi miserables, que poseían un alto concepto del honor y de la honradez. En cambio, ni Carrillo ni Cuenca tenían la menor elevación moral. Borrachos, ladrones, vergüenza de sus conciudadanos, hallaban un repugnante placer haciendo gala de sus lacras morales.

En aquellos momentos se encontraban en la casa que compartían, y frente a ellos tenían una botella de ron antillano y dos sucios vasos. Bebían para embrutecerse aún más, y como en su casa no había nada que pudiese despertar la codicia ajena, no se habían molestado en cerrar la puerta.

Si en aquel momento cualquiera de ellos hubiese vuelto la cabeza hacia la citada puerta, habría visto cómo una sombra se deslizaba por ella, penetrando en la casa.

Sólo cuando, al cabo de unos minutos, sonó una carcajada, los dos hombres advirtieron la presencia de su inesperado visitante.

La luz de un viejo quinqué daba de lleno contra el rostro del hombre, dejando ver su máscara, su bigote y su traje.

-¿Qué hace usted...? -empezó Carrillo.

Instintivamente, ninguno de los dos canallas trató de empuñar las armas que pendían de sus cintos.

-¿Me conocéis? -preguntó el enmascarado.

-¿El Coyote? -tartamudeó Cuenca.

-El mismo. Hace tiempo que deseaba haceros una visita. Ahora depende de vosotros que sea la última o que podamos volvernos a ver en otras ocasiones.

Carrillo tragó saliva y preguntó con un hilo de voz:

-¿Qué quiere de nosotros, don *Coyote*?

-De momento, he pensado mataros...

El Coyote sonrió al advertir la palidez que se extendía por los semblantes de 1os dos hombres. Sin agregar ninguna explicación más, avanzó hacia ellos. La luz de la lámpara reflejóse en las marfileñas culatas de sus dos revólveres. Las miradas de Carrillo y de Cuenca estaban hipnóticamente fijas en ellas y en las manos del *Coyote,* una de las cuales estaba siempre cerca de uno de los dos revólveres.

-Se trata de esto -dijo al llegar junto a la mesa, y señalando con la enguantada mano derecha un papel ya manchado de ron-. Os lo ha enviado el juez Salters, ¿verdad?

-Sí... señor -tartamudeó Carrillo.

-Para que actuéis como jurados en el juicio que dentro de cuatro días se va a celebrar contra Luis María Olaso, ¿no es cierto?

-Sí -dijeron a la vez los dos hombres.

El Coyote tomó la citación y, haciendo como que no mirase a los dos canallas, la leyó atentamente. A pesar de la oportunidad que parecía concederles a su visitante, ninguno de los dos hombres hizo el menor movimiento para empuñar un arma.

-Como ciudadanos de este pueblo de Los Ángeles, se os cita como jurados -sonrió *El Coyote-.* ¿Qué otras instrucciones se os han dado?

-Ninguna más, señor -declaró Cuenca-. Hemos recibido esto...

-Y dinero para ron -terminó *El Coyote.*

-Teníamos un poco... -empezó Carrillo.

-Es estúpido que me mintáis -advirtió *El Coyote-.* Conozco las instrucciones de Salters, de Koster y de Perkins. El veredicto contra Luis María ha de ser a muerte.

Culpable. La horca. ¿No así?

-Le aseguramos, señor... -tartamudeó Cuenca.

-No quiero seguridades –interrumpió *El Coyote-.* Yo soy quien dicta el veredicto. Ha de sen «¡No culpable!», y la libertad en vez de la horca. Si cuando llegue el momento de la votación vuestro veredicto es otro que el dictado por mí, no saldréis con vida del tribunal. Yo estaré junto a vosotros y de un disparo... -Al llegar aquí, la mano izquierda del *Coyote* apareció, como por arte de magia armada de un revólver que hubiese podido haber nacido allí, ya que ninguno de los hombres que estaban frente a él se lo vio sacar de la funda, que ahora aparecía vacía.

-¡No, por Dios! -gimieron todos los otros.

-Y si no puedo disparar sobre vosotros, por temor de atraer sobre mí la atención de los demás, utilizaré el cuchillo -siguió *El Coyote-.* ¡Así!

La mano derecha del enmascarado estaba vacía. Sin embargo, un relámpago pareció brotar de ella y un afilado cuchillo de recta hoja y doble filo cortó el aire y con seco golpe fue a atravesar, sobre la mesa, la citación del juez Salters.

-Como veis, es eficaz y silencioso.

Los dos miraron, espantados, al *Coyote.* Éste siguió:

-¿Habéis entendido?

Carrillo y Cuenca asintieron con la cabeza.

-¿Cuál será vuestro veredicto?

-Inocente.

-No lo olvidéis; porque quizá todos los demás jurados recibirán mi visita y todos recibirán la misma orden. Si alguno se niega a acatarla, no llegará a sentarse frente al fiscal, y si hay un solo voto contra Luis María, seréis castigados los doce, aunque once de vosotros seáis inocentes. Y será inútil que os escondáis, porque muchos ojos os vigilarán.

-¿Todos los demás recibirán la misma orden? -preguntó Cuenca.

-Sí.

-Entonces... ¿no podrán acusarnos de nada particularmente?

-No; todos tendréis la misma culpa, si es que se puede considerar culpa a eso.

Carrillo y Cuenca inclinaron la cabeza un momento. Cuando la volvieron a levantar para afirmar que estaban dispuestos a cumplir la orden, su visitante había desaparecido. De mutuo acuerdo, los dos hombres se precipitaron hacia la botella de ron y lucharon un momento por ella. Al fin bebieron y el alcohol calmó su nerviosismo y su miedo.

Como la noche anterior, José Covarrubias la pasó hasta la madrugada en la taberna de Fawcet, en medio de la extrañeza de todos los clientes, que, por primera vez, le veían allí.

Joe Potts y *Chick* May salieron a la una de la madrugada, después de haber bebido gracias al dinero que les entregara Perkins al mismo tiempo que les dio la citación del juez Salters para actuar como jurados en el juicio contra Luis María Olaso.

Acababan de perder de vista la taberna y estaban doblando una esquina, cuando una voz salida de la oscuridad les advirtió:

-Esténse bien quietos, señores, si no quieren exponerse a tropezar con una bala.

Al mismo tiempo llegó a sus oídos el chasquido de un percutor al ser montado.

-¿Qué...? -empezó Potts, bajando la mano hacia su revólver.

-Yo no lo haría -le advirtió la voz-. Por muy deprisa que vaya, no podrá ser más rápido que la bala que le está mirando desde dentro del cañón de mi revólver.

Tras una breve indecisión, Potts imitó a su compañero y levantó las dos manos al cielo.

-Eso está mejor -siguió la voz.

Un momento después, los dos hombres se sintieron despojados de sus armas, que el desconocido tiró a un lado de la calle.

-Ahora podremos hablar más tranquilamente -siguió la voz-. No esperaba tanta cordura, pero me alegra. No soy amigo de hablar con las armas en la mano. Pueden volverse.

Potts y May se volvieron lenta y temerosamente. Al ver que el desconocido no empuñaba ninguna arma, empezaron a bajar los brazos.

-¿Ha sido una broma? -preguntó *Chick* May.

Brilló un leve centelleo y en la mano derecha del desconocido apareció un revólver. Sobresaltado, *Chick* volvió a levantar los brazos.

-No hace falta —dijo el hombre-. Es sólo una demostración de que les conviene no hacer tonterías si tienen interés en ver salir el sol de mañana. ¿Me conocen?

Ni *Chick* ni Joe podían contestar afirmativamente, pues la oscuridad era muy grande.

-No -dijo el primero.

-Entonces, usted, amigo May, empuje la puerta de la casa que está a su espalda. Encontrará un farol encendido.

Chick May obedeció. Empujó la puerta y en el interior, junto al umbral, encontró un farol de petróleo. Estaba encendido.

-Tráigalo para que nos veamos las caras -ordenó el misterioso desconocido.

May obedeció y, levantando en alto el farol, avanzó hacia donde estaban su compañero y el otro hombre.

La luz daba de lleno en los ojos de May, impidiéndole ver con claridad; pero Joe Potts, en mejor posición, fue el primero en ver la cara de su nocturno asaltante.

-¡*EI Coyote*! -exclamó.

Al mismo tiempo, May descubrió la identidad del desconocido y, lanzando un grito ahogado, dejó caer el farol al suelo.

-¡Oh!-exclamó.

-Es muy lamentable que haya roto ese farol -dijo *El Coyote*-. Tendremos que seguir a oscuras nuestra conversación. Tienen que hacerme un favor, a cambio del cual yo les permitiré seguir viviendo durante unos meses más.

-¿Qué quiere? -preguntó con voz temblorosa Potts.

-¿Han recibido ustedes unas citaciones para el juicio de Luis Mana Olaso?

-Sí -musitaron a la vez Potts y May.

-¿Saben qué veredicto deben emitir?

-Sí -dijo May.

-¿Culpable?

-Sí.

-Hay contraorden. El veredicto ha de ser el de «No culpable». No admito otro. Todos los jurados recibirán la misma orden, y si hay un solo voto contra Luis María, doce hombres abandonarán este mundo. No es una amenaza vana. Es una promesa del *Coyote.*

-Está bien, señor -replicaron Potts y May.

-¿Cuál será vuestro veredicto?

-Inocente.

-Bien; pero no olviden que California resultaría muy pequeña para ocultarles si pretendiesen jugarme una traición. Adiós. Vuélvanse hacia la taberna y beban un trago más. Lo necesitan.

Potts y May no se hicieron repetir 1a orden y, casi corriendo, regresaron a la

taberna de Fawcet, donde entraron pálidos como muertos.

-¿Se os ha olvidado algo? -preguntó el tabernero.

-Ginebra -pidió con un hilo de voz *Chick* May.

Apoyóse en el mostrador y con ojos aún desorbitados recorrió con la mirada la sala. Quedaban sólo tres clientes, además de ellos. Uno de dichos clientes era José Covarrubias.

-¿Habéis visto algún fantasma? -preguntó Fawcet, mientras colocaba sobre el mostrador una botella y dos vasos.

-Sí -contestó Potts-. Hemos visto al...

No siguió, por habérselo impedido un violento puntapié de su compañero.

-¡Oh! -chilló Potts. Y luego agregó-: Hemos visto a uno a quien creíamos muerto... Un minero de Sangre de Cristo.

José Covarrubias había oído esta conversación y, por un momento, pensó que tal vez aquellos dos hombres hubiesen visto al *Coyote.* Les vio beber afanosamente y después vio cómo salían, vacilantes, más por el miedo que por el alcohol. En el momento en que iban a cruzar la puerta, se dio cuenta de que los dos estaban desarmados.

-¿Qué puede haberles ocurrido? -preguntó, levantándose, pues eran ya casi las dos de la madrugada-. Parecen muertos de miedo.

-¡Bah! -rió Fawcet- Efectos del alcohol. Hace ver cosas que no son.

Luego, dirigiéndose a los demás clientes, anunció:

-Voy a cerrar. Por hoy ya se ha trabajado bastante.

Covarrubias y los otros pagaron sus consumiciones y salieron acompañados por Fawcet, que, desde la puerta de su taberna, les vio alejarse. Luego, cerró las ventanas, aplicando frente a ellas los tablones que hacían de contraventanas, y después, entrando de espaldas, cerró igualmente la puerta.

Al volverse, quedó inmovilizado por el asombro, al ver sentado en el mostrador, con una pierna sobre la otra y empuñando, sonriente, un negro y pesado revólver, a un hombre vestido a la mejicana y con el rostro cubierto por un antifaz.

-¡*El Coyote*! -exclamó.

-Yo mismo, querido Fawcet.

-¿Qué viene a buscar? -tartamudeó el tabernero.

-Oro -contestó *El Coyote.*

-¿Viene a robarme...?

-No, vengo a recoger lo que le dieron por prestarse a la farsa contra el pobre Juan Olegario. Fueron algo así como cincuenta dólares, ¿no?

-No entiendo...

-No importa. Supondré que le dieron cincuenta dólares. No creo que le diesen más. Ahora pasemos a otra cosa. ¿En cuánto valora su vida, Fawcet?

-Yo...

-Sí, le pregunto cuánto daría para que no le matasen.

-¿Me va a asesinar?

-¿Yo? No, no he pensado en matarle. Pero tiene unos amigos que se han dado cuenta de que su boca nunca estará mejor cerrada que si se le llena el cuerpo de plomo. Hay tres hombres que piensan, con una insistencia para usted nada agradable, que sería muy gracioso verle muerto. Supongo que debe de tener unos diez mil dólares y que preferirá gastarlos en conservar su vida que en pagar su entierro y su mausoleo, a no ser que sus parientes y amigos se los gasten en *whisky* para celebrar su oportuno fallecimiento y la herencia que les habrá llovido del cielo.

-¿Quiere que le dé diez mil dólares? -tartamudeó Fawcet.

-Y cincuenta más -sonrió *El Coyote-.* A menos que prefiera irse ahora mismo al otro mundo y pueda convencerse de que existe un infierno para los bichos como usted.

-Eso es un robo...

-Puede considerarlo así; pero yo le doy mi palabra de que tan pronto como me haya entregado los diez mil dólares, le diré algo que podrá salvarle la vida si sabe aprovechar la oportunidad y dar usted el primer golpe.

-¿Quién me amenaza? -preguntó Fawcet.

-Unos amigos -contesto *El Coyote,* guardando el revólver y desenfundando el cuchillo, que ya había utilizado una vez aquella noche-. No perdamos más el tiempo. Abra la caja de caudales, saque los diez mil cincuenta dólares, entréguemelos y separémonos como buenos amigos. Al fin y al cabo, le concedo la oportunidad de rehacerse. Antes de medio año habrá recobrado todo lo perdido. En cambio, si no le hiciera el favor que estoy dispuesto a prestarle, antes de cuatro días quedaría tan tieso y tan frío, que todo el sol del mundo no bastaría para deshelar la sangre de sus venas. Y como ya hemos hablado bastante, abra la caja y no pierda más tiempo.

El Coyote jugueteaba con el cuchillo, y al advertirlo, una creciente esperanza se apoderó del tabernero. Dirigióse hacia detrás del mostrador, donde tenía la caja de caudales, y con una llave la abrió. *El Coyote* no parecía observarle.

Fawcet alargo la mano hacia los saquitos de oro de a mil dólares. Junto a ellos había una gran pistola de dos cañones, cargada de gruesos perdigones. Un disparo con aquel arma no podía fallar, pues el plomo, al salir, cubriría un espacio de un metro cuadrado, y todo cuanto se interpusiera en aquel espacio sería barrido y destrozado.

Sin embargo, Fawcet no empuñó la pistola. Era demasiado listo para hacerlo. Cogió un saquillo de oro y lo dejó sobre el mostrador, a poca distancia del *Coyote.* Repitió la operación cuatro veces, y cuando iba a sacar el quinto saquito, en vez de hacerlo empuñó la pistola y volvióse velozmente contra su enemigo.

En el mismo instante en que levantaba el percutor, Fawcet vio cómo una serpiente de luz volaba hacia él y le mordía ferozmente la mano. Soltó la pistola y, atontado por el dolor vio cómo el cuchillo del *Coyote* le había clavado la mano contra la pared de madera.

-Mal hecho, Fawcet -rió *El Coyote-,* Para hacer con éxito lo que pretendía, hay que saber dominar el rostro. Su expresión era tan clara, que ni gritando que iba a disparar contra mí me hubiese advertido mejor. Como ve, sólo ha ganado una herida un poco grave y debe darse por feliz con que me haya contentado con eso. Habría podido elegir otro punto más vital.

Inclinándose hacia Fawcet, *El Coyote* recogió del suelo el pistolón, lo guardó de nuevo en la caja de caudales y luego arrancó de un violento tirón el cuchillo hundido en la mano del tabernero.

Éste tuvo que sentarse en el suelo, a punto de desmayarse. *El Coyote* le sirvió un vaso de licor, y Fawcet pareció recobrar algo la serenidad.

-Lávese con *whisky* -aconsejó *El Coyote-.* Y procure contener la hemorragia, pues está sangrando como un toro.

Medio atontado, Fawcet hizo lo que *El Coyote* le decía. Vacióse liberalmente media botella de ginebra en la mano herida, y luego, con un paño limpio, y ayudado por *El Coyote,* se vendó la mano conteniendo al fin la hemorragia.

-Ha hecho muy mal en no comprender que yo soy el más fuerte, Fawcet -dijo *El Coyote-.* Me ha obligado a herirle y, si vuelve a desobedecer, me obligará a matarle.

Inclinando la cabeza, Fawcet sacó las bolsas de monedas de oro que faltaban y las fue dejando en el mostrador. Ni por un momento se le ocurrió volver a empuñar la pistola, con la que tropezaba cada vez que metía la mano en la caja de caudales.

-Vacíe el oro aquí dentro -ordenó *El Coyote* tirando a los pies de Fawcet un saquito de lona muy recia.

El tabernero obedeció. Cuando hubo terminado, *El Coyote* ató la boca del saco con una correa bien engrasada.

-Muchas gracias, Fawcet -dijo, cuando hubo terminado-. Ahora, fiel a mi promesa, le diré algo que le conviene. Quizá no me crea, pero cometerá un error si duda de mí. Usted cree tener tres amigos, pero está equivocado, pues no son amigos suyos, sino enemigos. Les ha sido útil durante algún tiempo; mas ese tiempo ya ha pasado. Ahora sabe mucho y por ello han decidió matarle. Es la mejor solución cuando se quiere evitar que quien sabe mucho hable demasiado.

-No entiendo...

-Le diré los nombres de sus amigos. Son el juez Salters, Samuel Perkins y el *sheriff* Koster.

La sorpresa se pintó en el rostro de Fawcet.

-No es cierto -dijo.

-Usted sabe que sí es cierto. Yo también lo sé. Uno de mis servidores ha oído cierta conversación sostenida entre esos tres buenas piezas. Sólo piensan en matarle, porque tienen miedo de que alguien le haga hablar o simplemente, de que se decida usted a exigirles una mayor parte de sus beneficios. A veces, los amigos pueden resultar más peligrosos que los enemigos. Éstos suelen saber menos que aquellos; a un enemigo no se le confían las cosas que se hacen saber a un amigo.

-¿Por qué han de matarme?

-Ya se lo he dicho. Están decididos a matarle. Han hablado de lo que deben hacer y las últimas noticias que tengo es que piensan citarle en el ranchito de Juan Olegario. Usted irá allí y recibirá una puñalada en la espalda. Dejarán clavado el cuchillo, para que todos crean que es una venganza de los amigos de Juan Olegario. Eso permitirá al juez Salters hacerse con nuevas tierras, después de detener y linchar a los «sospechosos» de haber dado muerte al honrado amigo Fawcet. Así matarán dos pájaros de un tiro. Su tienda y las tierras que roben, irán a parar a manos de la sociedad Perkins, Koster, Salters.

-¿Por qué me dice todo eso? -preguntó Fawcet-. Si es verdad y usted me odia, le convendría más dejar que me matasen.

-Es posible; pero estoy interesado en que se sepa la verdad acerca del «asesinato» de Juan Olegario. Usted puede hablar y yo cuidaré de que le escuche quien pueda hacer lo necesario para que los tres principales culpables paguen la deuda que tienen pendiente. Hable con el abogado José Covarrubias. Él defiende a Luis María Olaso. Es cliente de usted y se encargará de dar los pasos y tomar las medidas necesarias para que el gobernador envíe a un juez especial.

El Coyote saltó al suelo, recogió el saquito de oro y, antes de salir por una de las ventanas posteriores, advirtió:

-Siga un último consejo: no diga una palabra de esto a sus amigos.

Fawcet le vio salir por la ventana, sin intentar hacer nada para detenerle ni herirle.

Entretanto, *El Coyote* habíase acerca do a uno de los raros faroles que pretendían iluminar las calles de Los Ángeles y sacando un lápiz marcó con una cruz los dos primeros y los dos últimos nombres de la lista de los jurados. Le quedaban cuatro días para visitar a los ocho restantes y convencerlos de la misma forma que a los ya visitados.

Capítulo VIII

El silencio de un testigo

-¿Qué tienes en la mano?

La pregunta fue hecha por Pcrkins y dirigida a Fawcet, que servía torpemente a su amigo, empleando la mano izquierda, ya que la derecha descansaba en un cabestrillo improvisado con un gran pañuelo de hierbas.

-Ayer noche me herí con un cuchillo -respondió el tabernero.

-¿Es grave la herida?

-Espero que no lo sea.

Perkins bebió un trago de licor.

-¿Te impedirá salir esta noche? -preguntó luego.

-No me impide trabajar. Y mucho menos salir.

-Me alegro. A la una de la madrugada, celebraremos una reunión en las tierras de Juan Olegario... Hemos de tratar de unos asuntos privados y no conviene que nadie se entere.

Al oír estas palabras, Fawcet miró vivamente a Perkins, quien no dejó de advertir y preocuparse por el sobresalto del tabernero.

-¿Es imprescindible que sea esta noche? -preguntó Fawcet

-Claro. Se trata de un asunto que conviene arreglar lo antes posible.

Fawcet se esforzó en vano en mostrarse natural. Le temblaba la mano izquierda y su voz sonó algo quebrada al contestan

-Está bien; esta noche iré a ese sitio.

Perkins bebió el licor que quedaba en su vaso, dejó una moneda sobre el mostrador y, antes de volverse hacia la puerta, advirtió:

-Cierra a medianoche y dirígete al pie del álamo donde colgamos a Juan Olegario. Allí te esperaremos.

-Está bien.

Fawcet vio salir a Perkins y se frotó, pensativo, la barbilla. Siempre le hubiera extrañado la petición de Perkins; pero después de lo que le había dicho *El Coyote,* aquella cita en las afueras de Los Ángeles tenía un trágico significado.

Aún se hubiera inquietado más de haber podido oír la conversación que sostenían en aquellos momentos Koster y Perkins. Éste terminaba de decir:

-Cuando le dije que le esperábamos en las tierras de Juan Olegario, quedó como muerto.

-¿Sospechará algo? -preguntó Koster.

-Apostaría triple contra sencillo a que se ha olido lo que pensamos hacer.

-Entonces...

-Vigila. Tú puedes seguir todos sus movimientos. Si es necesario, no aguardes a esta noche.

Koster tambaleó sobre la mesa y, al cabo de unos minutos de silencio, sonrió. Perkins también sonrió y, dando una palmada en el hombro de su amigo, salió de la oficina del *sheriff,* dirigiendo una mirada a la taberna de Fawcet, marchó a sus ocupaciones. Ya no sentía ninguna inquietud.

* * *

Leonor de Acevedo estaba sentada frente a su marido. Julián servía la comida y el silencio entre los dos esposos se hacía agobiante. Al fin, Leonor, por romperlo, comentó:

-Ayer noche tuve un susto terrible.

César de Echagüe miró extrañado a su mujer.

-¿Por qué? -preguntó.

-Aquellos disparos... -empezó Leonor.

Julián intervino, explicando:

-Fue uno de los guardianes que disparó contra unos bultos que se acercaban a la mina.

-¿Heristeis a alguien? -preguntó César.

-No sabemos. A la una de la madrugada, la oscuridad era muy densa y los merodeadores consiguieron huir.

-Si vuelve a ocurrir una cosa semejante y os apoderáis de los culpables, ahorcadlos -indicó César, con un bostezo que no era fingido-. Me molesta que me despierten a medianoche.

Julián salió de la estancia y César bajó la vista sobre el plato. Leonor, sin poder precisar el motivo, sintió una súbita inquietud. Algo raro había ocurrido. La noche anterior, al oír los disparos lejanos, había corrido a la habitación de su marido y había llamado una vez, suavemente, con los nudillos, a la puerta, no queriendo despertar a César y deseando, al mismo tiempo, que él, inquieto por las detonaciones, acudiera a tranquilizarla. Su llamada quedó sin respuesta, y como las detonaciones fueron muy lejanas, Leonor volvió a su cuarto, creyendo que César no había oído los disparos y no decía nada de la llamada a la puerta.

Julián volvió a entrar en el comedor y la comida terminó en medio de un completo silencio. Cuando se hubo servido el café, César pretextó una ocupación urgente y salió al comedor, marchando al patio del rancho.

-Necesitamos a alguien que sea de toda confianza -dijo a Julián, que le había seguido.

El mayordomo miró, inquieto, a su amo.

-Ayer noche, mi esposa debió de ir a mi cuarto -siguió César-. Sin duda llamó a la puerta y yo no contesté. He estado a punto de decir que la oí; pero no hubiera sabido explicarle por qué no contesté, si llamó muchas veces o una sola. Sería necesario que alguien estuviera en mi cuarto y pudiera decirme, al volver, lo ocurrido durante mi ausencia. Pero ¿en quién podemos confiar?

Julián inclinó la cabeza. Vaciló unos minutos y, por fin, preguntó:

-¿Tiene el señor confianza en alguien?

-Sólo en ti, Julián.

-Pero yo no puedo estar en su cuarto, señor. Debo esperar su regreso.

-Lo sé. Si Edmonds estuviera aquí...

-Si el señor me perdona, le diré algo que no quería descubrirle.

-¿De qué se trata?

-Mi hija Guadalupe...

Julián se interrumpió.

-¿Qué?

-Sabe la verdad acerca del señor. Lo descubrió aquella noche en que usted llevó en brazos al señor Greene desde su habitación hasta la de él.

-¿Y ha callado hasta ahora?

-Me lo confesó anoche. Lupita sabe guardar un secreto.

Julián habría podido decir algo más; pero agregó, simplemente.

-Mi hija es fiel a los señores.

Lo que pudo haber dicho Julián era que Lupita estaba enamorada, sin esperanzas, del *Coyote* y de César de Echagüe, aun antes de haber sabido qué personalidad se ocultaba tras la aparente frivolidad del supuesto lechuguino a quien todos despreciaban.

-No esperaba eso, Julián -declaró César-. ¿Crees que Lupe sería capaz de ocultarse en mi habitación y montar guardia hasta mi regreso?

-Estoy seguro de que lo hará.

-Esta noche, y mañana, y pasado, he de salir. Luego, tal vez ya no sea preciso.

-Daré a Lupe las instrucciones necesarias.

-Gracias, Julián.

César palmeó cariñosamente la espalda de su fiel servidor y marchó a ver cómo estaba el caballo que acababan de domar para él.

* * *

A las diez de la noche, José Covarrubias entró en la taberna de Fawcet. Sentóse en su sitio de costumbre y, olvidándole del ruido y de las conversaciones que se sostenían a su alrededor, abismóse en la lectura de un libro acerca de las nuevas leyes en el Estado de California.

-Señor Covarrubias...

Fawcet tuvo que repetir la llamada antes de que el abogado le mirase.

-¿Qué ocurre? ¿Qué desea?

-Necesito hablar con usted. Tengo que declarar algo favorable para Luis María.

Covarrubias miró, esperanzado, al tabernero. Creía comprender que *El Coyote* le había hecho ir allí con aquel exclusivo objeto. Tal vez el ver noche tras noche al abogado defensor de Olaso, había afectado a Fawcet, disponiéndole para decir lo que se necesitaba para obtener la absolución del acusado. Aunque no veía bien cómo podía influir beneficiosamente en Luis María la declaración de Fawcet

-A las doce cerraré la taberna -siguió el propietario del establecimiento-. ¿Puedo ir a su casa?

-No hay inconveniente -dijo Covarrubias-; pero si quiere que hablemos aquí mismo...

-No -Fawcet parecía asustado-. Prefiero que o hagamos en su casa.

Sin agregar más, el tabernero se marchó y, casi al mismo tiempo, un indio que había estado bebiendo tequila en una mesa algo apartada, levantóse y, dejando una moneda de plata junto al vaso, salió del establecimiento. Una vez en la calle, echó a correr, no deteniéndose hasta llegar a la casa de Adelia.

A las doce, Fawcet despidió a sus clientes, cerró el establecimiento y, armado con su pistolón, salió a la calle, dirigiéndose hacia la salida de la ciudad, torció por una calleja y, después de asegurarse de que nadie le seguía, llamó a la puerta de la casa de Covarrubias.

El abogado le abrió personalmente y le hizo subir a su despacho.

-Siéntese -invitó, señalando una silla colocada al otro lado de su mesa-. ¿Qué es lo que debe decirme?

Fawcet vaciló un momento.

-Ayer noche recibí una visita -dijo-. Se trata de alguien a quien yo creía muerto.

No diré su nombre, aunque no debiera guardarle ninguna consideración, pues me robó diez mil dólares. Sin embargo, me previno. Dijo que hoy tratarían de asesinarme, y creo que estaba en lo cierto.

-Continúe -indicó el abogado.

Fawcet se frotó la barbilla y, tras breve vacilación, siguió:

-Lo que voy a decirle no me honra. Lo sé. Pero si no hablo me expongo a morir y... no lo deseo. He estado asociado a unos hombres que son mil veces peores que yo. Ocupan puestos importantes en la ciudad y se valen de ellos para despojar a los infelices. En el caso de Juan Olegario...

Mientras Fawcet exponía toda la confabulación contra el infeliz Zamiza, una sombra se encaramaba por la yedra que cubría la fachada posterior de la casa del abogado. Se trataba de un hombre alto, ágil, muy fuerte. De cuando en cuando la luz de las estrellas reflejábase en las culatas de sus armas.

El desconocido llegó al fin a la galería y, con la silenciosa suavidad de un gato, saltó por encima de la baranda y avanzó hacia la iluminada puerta que comunicaba el despacho de Covarrubias con la galena.

Midiendo bien los pasos, deslizóse hasta allí y escuchó unos instantes. Hasta él llegó la voz de Fawcet:

-...Perkins le ofreció comprarle el rancho y darle seiscientos dólares y el caballo...

El desconocido empuñó una pistola de dos cañones que llevaba, además de sus dos revólveres. Con el máximo cuidado levantó los dos percutores y apuntando a Fawcet, que estaba a menos de dos metros de él, aseguró la puntería y al fin apretó, casi simultáneamente, los dos gatillos.

Una ensordecedora detonación se extendió en múltiples ecos. Fawcet levantóse como empujado por una mano invisible y luego, lanzando un agónico estertor, cayó de bruces sobre la mesa del abogado y después resbaló hasta el suelo, donde quedó inmóvil para siempre.

Por una fracción de segundo, Covarrubias quedó como atontado. Como en sueños vio asomar una mano por el destrozado cristal de la puerta y tirar al suelo, sobre el cadáver de Fawcet, una pistola aún humeante. Luego sonaron unos pasos en la galería.

Covarrubias iba a precipitarse tras el asesino; pero la prudencia le advirtió a tiempo de que no debía hacerlo. En el mismo instante sonaron cuatro disparos de fusil y se oyó un grito en la galería, seguido del choque de un pesado cuerpo contra el suelo.

Empuñando su propia pistola, el abogado salió a la galería. A un lado vio un hombre tendido en el suelo. Vestía de negro y, por un instante, temió que se tratase del *Coyote.*

-¡Señor Covarrubias!

La llamada procedía de la calle y el acento era californiano.

-¿Qué? -respondía el abogado.

-Creímos que le habían herido.

-¿Quién es? -preguntó Covarrubias.

-Timoteo Lugones -respondió la voz de la calle-. Pasaba con mis hermanos Leocadio, Evelio y Juan, y vimos una sombra. Cuando disparó contra usted pensamos que era un asesino y disparamos...

-No os marchéis -pidió Covarrubias.

Entró en su despacho y reapareció con una lámpara. Acercóse con ella al hombre caído en la galería. No esperaba encontrarle vivo; pero tampoco esperaba lo que vio.

Al volver al muerto vio ante él el in confundible rostro de Samuel Perkins. Una

bala le había entrado en la cabeza y otras tres le hirieron en el corazón y en el vientre.

En la calle, alguien llamaba violenta mente a la puerta. Covarrubias bajó a abrir y fue empujado a un lado por Koster, que subió de dos en dos los escalones. Al llegar al despacho del abogado, volvióse hacia éste, que le había seguido, escoltado por dos de los agentes del *sheriff.*

-¿Le han asesinado? -preguntó furioso.

-No he sido yo -replicó, burlonamente, Covarrubias-. Fue un conocido suyo, *sheriff,* Perkins.

-¡En! ¿Puede probar lo que dice?

-En la galería encontrará a Perkins. Está muerto. No creo que sea un lugar lógico para encontrar a un hombre, sobre todo no siendo ésta su casa.

Koster salió a la galería y con el pie golpeó el cadáver.

-¿Quién le mató? -preguntó en voz muy alta.

-Nosotros, señor *sheriff* -dijeron desde la calle los cuatro mejicanos, a quienes en Los Ángeles se conocía por *Los Lugones,* que se habían hecho famosos durante la guerra contra los Estados Unidos.

El hermano mayor explicó a voz en grito:

-Volvíamos de montar guardia en el rancho de don Goyo...

Había demasiada gente, demasiados testigos para poder acusar a *Los Lugones* y a Covarrubias de nada ilegal. Además, el simple hecho de la presencia de Perkins en una casa que no era la suya, justificaba su muerte. Entonces, Koster dijo, sonriendo:

-Ha tenido suerte, licenciado. Querían cargarle la muerte de Fawcet.

-Eso creo -sonrió también Covarrubias.

-¿Nos necesita para algo, don *sheriff*? -preguntaron, desde la calle, los cuatro hermanos.

-Pasad mañana por mi oficina.

-¿Podemos ir con don Goyo?

-Sí -gruñó el *sheriff,* que lo deseaba todo menos chocar con el temido coronel don Gregorio Paz, uno de los principales autores materiales de la victoria que el 5 de diciembre de 1846 obtuvieron los californianos en San Pascual sobre los norteamericanos, de los cuales murieron los capitanes Johnson y Moore. El coronel Paz afirmaba haber herido al general Kearny, y como éste no lo había negado, en Los Ángeles se admitía la versión del coronel mejicano. Como *Los Lugones* intervinieron también en la lucha, el coronel los tenía en gran aprecio, y saldría fiador de ellos.

Una hora después del doble suceso, la paz había vuelto a descender sobre Los Ángeles. En casa de la india Adelia, *El Coyote* acababa de señalar en la lista de los jurados los nombres de Spark, Weeks y Alden. Luego, mirando al grupo reunido ante él, sonrió.

Los cuatro *Lugones* estaban respetuosamente descubiertos, apoyados en sus fusiles. Junto a ellos se encontraba el indio que había estado en la taberna de Fawcet.

-Has trabajado muy bien -dijo *El Coyote,* dirigiéndose al indio-. Tienes buenos oídos y sabes comprender, Toma, no es un pago, es un regalo.

El Coyote dejó en la palma de la mano del indio diez monedas de a veinte dólares. Luego entregó una suma igual a cada uno de los *Lugones* y un momento des pues, montando en su caballo, partía hacia el rancho de San Antonio.

Leonor había estado durmiendo con turbado sueño. Sin saber por qué, de pronto encontróse despierta, como si en vez de llevar sólo cuatro horas durmiendo, hubiese permanecido diez o doce en la cama.

No quiso despabilar la mechita del velón que tenía sobre la mesa de noche. Miró a su alrededor y echó más que nunca de menos la compañía de su marido. Desde tres

meses antes dormían separados. El doctor García Oviedo había insistido en ello.

-Tienes los nervios demasiado exacerbados -había dicho a Leonor-. Eso que me has contado de que te pasas la noche tratando de oír si tu marido respira así o asá, acabará matándote.

Pero aquella noche la inquietud era demasiado grande. En el vestíbulo el reloj de caja dio las dos.

Saltando de la cama, se calzó unos mocasines indios que usaba como zapatillas y avanzó hacia la puerta. Por lo menos trataría de oír si en realidad César respiraba.

En el momento en que empezó a abrir la puerta oyó que otra puerta se abría y un rectángulo de luz se proyectó en el pasillo.

Leonor quedó inmóvil, con la mirada anhelantemente fija en aquella luz. Salía del cuarto de César. ¿Sentiría también él inquietud...?

De pronto, el mundo se hundió bajo los pies de Leonor. Una mujer acababa de salir del cuarto de César. Llevaba el cabello revuelto y se envolvía en una larga bata. Antes de oír el susurro de su voz, Leonor la reconoció: Guadalupe.

-Adiós -dijo la hija del mayordomo.

-Adiós, Lupita -contestó César, de quien sólo se veía la mano que estrechaba la de la muchacha-. Has sido muy buena.

Guadalupe no contestó, alejóse unos pasos y, cuando la puerta del cuarto de César se hubo cerrado, volvióse y durante unos segundos quedó con la mirada fija en aquella puerta.

Leonor captó e interpretó, llena de angustia, aquella mirada: era la de una mujer que ama.

Capítulo IX

El veredicto del jurado

Leonor vivió un terrible martirio durante los dos días que siguieron a su descubrimiento. Apenas durmió durante las noches y sólo el miedo de averiguar una verdad más absoluta la impidió proclamar su descubrimiento.

César advertía su estado de ánimo; pero lo achacaba a la conversación sostenida la noche en que Luis María fue detenido en el rancho. Varias veces sintió deseos de anunciarle que *El Coyote* volvía a cabalgar y a imponer su justicia, y se reprochaba haber sido más franco con Julián y Guadalupe que con su mujer. Pero el recuerdo del consejo dei doctor García Oviedo le contuvo. Llevándoselo a un lado, el médico le había dicho:

-Algún día los médicos sabrán más acerca de estas dolencias; pero yo, de momento, sólo puedo decirle que el corazón de su esposa no me parece muy firme.

Evítele emociones y, sobre todo, evite que sufra por usted. Quizá resistiría todas las emociones violentas; pero... es mejor no comprobar si puede resistir o no.

Llegó por fin el día en que Luis María Olaso debía ser juzgado y aquella mañana César anunció durante el desayuno:

-Hoy tendré que ir al pueblo. Debo prestar declaración. ¿Quieres acompañarme?

-Como tú ordenes -replicó muy pálida, Leonor.

-Yo no ordeno nada -replicóle César.

-He querido decir que si te ha de causar placer, te acompañaré.

-Sí, me gustará que asistas a la causa. Pero si tu corazón está débil...

-Mi corazón está muy fuerte -murmuró Leonor-. Le sobran motivos para haber dejado de latir. Hay cobardías y canalladas...

-¡Por favor, no hables así! -interrumpió César, mortalmente, pálido.

-Tienes razón -asintió Leonor-. Al fin y al cabo, la culpa es también mía.

Los dos pensaban dos cosas distintas. Ella, en lo que había visto aquella noche. Él, en lo que hablaron aquella otra noche, más lejana. Sin embargo, sus palabras parecían justificar ambos dispares pensamientos.

En el coche, conducido por Julián, abierto por los lados al aire fresco y protegido con un alegre toldo de los rayos del sol, fueron hasta el edificio del Tribunal. Se había congregado mucha gente para asistir a la causa, y sobre César de Echagüe cayó más de una mirada de desprecio. Sin embargo, todos se hicieron a un lado y le cedieron el paso.

José Covarrubias saludó con un fuerte apretón de manos a César y una inclinación a Leonor. Invitó a los dos a sentarse en unos sillones que él mismo había hecho traer. Aquellos del público que no tomaron idéntica precaución tuvieron que permanecer de pie.

El fiscal estaba ya en su puesto y el jurado se estaba reuniendo. Cuando estuvieron en sus puestos los doce hombres que debían decidir sobre la inocencia o culpabilidad de Luis María Olaso, éste entró en la sala seguido por el *sheriff* y dos de sus agentes, armados con fusiles.

Sólo entonces, cuando ya no faltó nadie más, el juez Salters entró en la sala, sentóse ante su mesa y, golpeando con la maza el cuadrado de caoba que tenía delante, anunció que iba a empezar la vista de la causa del Estado de California contra Luis María Olaso, acusado de haber dado muerte a Max Clymer. A continuación, y con su impaciencia característica, Salters anunció que los miembros del jurado no debían sacar ninguna conclusión precipitada, y que debían limitarse a escuchar la exposición de los hechos y los argumentos del fiscal acusador y de la defensa. Estuvo a punto de agregar que era estúpido que todos los miembros del jurado tuviesen tal expresión de miedo; pero, deseando acabar lo antes posible, indicó al relator que leyese los hechos.

Se puso en pie el oficial indicado y, en español, por ser el idioma del acusado, leyó la causa. Explicó lo ocurrido en la taberna de Fawcet. Hizo constar que Max Clymer disparó contra Julia Ibáñez con la intención de salvar a Fawcet, ignorando que el revólver que empuñaba la víctima estaba prácticamente descargado. Al hacer aquello, Max Clymer obró en defensa de un semejante, y en tal acción fue asesinado por el acusado, cómplice, sin duda, de Julia Ibáñez. Explicó a continuación que Luis María Olaso huyó hacia el rancho de San Antonio, esperando encontrar allí cobijo para su culpa; pero, afortunadamente, don César de' Echagüe, hombre honrado y amante de la justicia, la cual debía estarle reconocida, le apresó, entregándolo a las autoridades competentes.

Terminada le lectura, se preguntó al acusado si se reconocía culpable del delito de asesinato en primer grado.

-No -respondió con orgullosa firmeza Luis María, dirigiendo una mirada de

desprecio al juez y otra a César. Luego agregó-: Pero daría lo mismo, pues sé cuál ha de ser el fallo de este tribunal.

-Con estas palabras el acusado no se beneficia lo más mínimo -gruñó el juez-. El jurado tomará sin duda buena nota de ellas y creo que las interpretará debidamente.

Covarrubias iba a ponerse en pie de un salto, pero César le contuvo.

-El magistrado tiene razón -sonrió-. Luis María es un estúpido.

Las palabras de Echagüe resonaron en toda la sala, causando una impresión tan grande que durante unos segundos el silencio fue absoluto. Luego se elevó un rumor de mar embravecido y sólo a fuerza de mazazos y amenazas de hacer desalojar la sala, consiguió el juez restaurar la calma.

-Le ruego que no exponga sus opiniones en alta voz, don César -advirtió Salters.

-Creí que estábamos en un país libre -sonrió, beatíficamente, César.

-¡Silencio! -gritó el juez-. El ministerio fiscal tiene la palabra.

Se puso en pie el acusador y, volviéndose hacia los testigos que aguardaban los fue haciendo desfilar por el banquillo, haciendo repetir a todos ellos la misma descripción de lo ocurrido en la taberna de Fawcet.

Ni una sola vez aceptó Covarrubias la invitación de interrogar a aquellos testigos.

-¿Por qué no quiere la defensa utilizar esos elementos en favor de su cliente? -preguntó al fin Salters.

-Porque la defensa opina que esos testigos no han de favorecerle -rió César.

-¡Silencio! -rugió Salters-. Don César, espero que ésa será su última interrupción. De lo contrario, me veré obligado a multarle. Continúe, señor fiscal.

Éste declaró que, precisamente, deseaba interrogar a don César de Echagüe.

Sentóse César en el banquillo y con expresión de profundo aburrimiento aguardó a ser interrogado.

A instancias del fiscal relató cómo habíase presentado Luis María en el rancho de San Antonio. Repitió la explicación que Luis le hizo y procedió luego a explicar su reacción.

-No quise que se me pudiera acusar de haber dado albergue a un perseguido por la ley. Por eso llamé como testigos al propio señor juez y al señor defensor. Y como no quería que se linchase a Luis María, tomé todas las precauciones que me parecieron necesarias para salvar su vida. Quizá alguien crea que lo hice para que le condenasen; pero estoy seguro de que el jurado, después de oír a los testigos que han desfilado, opinará, como yo, que el acusado es inocente.

-La defensa del acusado corresponde a su defensor-advirtió Salters.

-Perdón -replicó el joven-. No he querido entrometerme en sus atribuciones, don José.

Volvió César a su asiento y sonrió animadoramente a Leonor. Ésta volvió la cabeza y contuvo, con dificultad, las lágrimas que pugnaban por escapar de sus ojos.

Covarrubias pidió, al fin, interrogar a uno cualquiera de los testigos que ya habían desfilado ante el Tribunal, y al serle exigido por el juez que definiera a quién quería interrogar, replicó:

-Aquel que estuviese junto al acusado en el momento en que éste se precipitó sobre la víctima.

Tras algunos momentos de discusión y de comprobación de declaraciones, uno de los testigos fue llamado de nuevo.

-¿Estaba usted junto al acusado cuando Max Clymer disparó? -preguntó Covarrubias.

-Sí, señor -replicó el hombre.

-Bien. ¿Puede explicar al jurado cómo estaba Julia Ibáñez y el señor Fawcet?

El testigo admitió poder hacerlo.

Volviéndose hacia el jurado, Covarrubias declaró:

-Para mayor comprensión de todos, pediré a la sala que me permita reproducir con personas, y lo más exactamente posible, la escena.

Colocó a un ujier en la postura que, según el testigo, ocupaba Fawcet y a una mujer en la que debía de ocupar Julia.

El testigo asintió.

-Ruego al acusado nos diga si está conforme con lo que ve.

Luis María admitió que la mujer y el hombre estaban casi igual que habían estado Julia y Fawcet.

-Perfectamente -asintió Covarrubias-. Ahora colocaremos a alguien en la postura que debió de ocupar Clymer.

Un ujier se colocó en el lugar aproximado que había ocupado Clymer. El testigo y el acusado dieron también su conformidad.

-Ahora rogaré al testigo se coloque en un lugar que resulte lo más aproximado posible al que ocupaba en el momento en que Max Clymer disparó sobre Julia Ibáñez.

El testigo, en medio de la expectación general, y tras varias vacilaciones, se colocó a un lado de la sala, distante unos seis metros del hombre y de la mujer.

-¿Está usted conforme con esto? -preguntó Covarrubias a Luis María-. Suplico que compruebe la veracidad de la declaración del testigo, pues es muy importante para el fin que persigo.

Luis María Olaso descendió del banquillo y se colocó junto al testigo. Estuvo un momento estudiando las dos figuras que representaban a Julia y a Fawcet, y al fin anunció:

-Yo estaba aquí.

-¿Está el testigo de acuerdo? -preguntó el abogado.

El hombre asintió con la cabeza.

-Bien. Entonces suplicaré al señor *sheriff,* como parte que podríamos calificar de neutral, que ocupe el puesto del acusado y que éste vuelva al banquillo.

El fiscal no objetó nada y Salters se vio obligado a ordenar a Koster que se pusiera en el mismo sitio que ocupaba Luis María.

-Vamos a reconstruir la escena -siguió José Covarrubias-. Por la declaración de los testigos, sabemos que Julia Ibáñez empuñó el arma con la mano derecha y un cartucho de monedas de oro con la izquierda.

Dirigióse a la mujer y le puso en la mano derecha un objeto que sólo una parte del público pudo ver. Luego, en la mano izquierda, o sea la que quedaba frente a Koster, le puso un rollo de papel.

-Señor *sheriff* -pidió con tonante voz el abogado-. Le ruego, mejor dicho, le ordeno, en beneficio de mi acusado y de la justicia, que diga al jurado qué clase de arma empuña esta mujer.

-Un revólver -contestó Koster, sin vacilar.

-Perdone -sonrió Covarrubias-. Yo no le he pedido que nos diga qué clase de arma empuñaba la desgraciada Julia Ibáñez. Le exijo que nos diga, es decir, que explique al jurado, qué arma empuña esta mujer -y señaló a la que estaba frente al ujier.

Koster vaciló.

-Una pistola -dijo al fin.

Un murmullo de colmena enfurecida resonó en la sala. Salters movió negativamente la cabeza y Koster agregó:

-He querido decir un revólver.

El murmullo se acentuó.

-Ruego al señor *shenff* que nos exponga la diferencia que él halla entre revólver y pistola. Un revólver es un arma de seis tiros, con un cilindro giratorio, dentro del cual van los cartuchos, ¿no?

-Sí -dijo Koster.

-¿Es de esa clase el arma que empuña esta mujer?

-Es... Sí, es un revólver -contestó Koster.

La sonrisa de Covarrubias se hizo más amplia.

-Señor *shenff.* Tal vez no está usted bien colocado. Muévase un poco a la izquierda.

Koster obedeció.

-Gracias -dijo el abogado-. ¿Ve mejor, ahora, el arma?

-No la veo.

-Perfectamente. Muévase un poco más a la izquierda. ¿La ve ahora?

-No.

-Entonces, dé un paso y medio a la derecha. Tal vez en realidad el acusado estaba así. ¿Ve el arma?

-No -musitó Koster.

-¿No? Es extraño. ¿Y dice que antes la ha visto?

-No, no la vi. Dije que era un revólver porque...

-Porque recordaba haber oído que fue un revólver -tronó Covarrubias-. ¡Y con ese recuerdo estaba dispuesto a enviar a un hombre al cadalso! Vea lo que tenia la mujer en la mano, y que usted no podía haber visto, ni podía, aunque lo hubiera visto, confundirlo con un arma.

Y con un teatral movimiento, Covarrubias tiró al suelo un libro de blanca cubierta.

-Ésta era el arma que empuñaba esta mujer -siguió-. Y usted no podía verla. Como tampoco la pudo ver el acusado. Lo único que vio mi cliente fue que un hombre disparaba contra una mujer que estaba hablando con el señor Fawcet. Vio cometer un crimen y quiso impedirlo. ¡Ésta es la única culpa de Luis María Olaso! No es más culpable de lo que pudo haber sido Max Clymer, que disparó sobre Julia Ibáñez para salvar la vida de Fawcet.

El juez necesitó todo el vigor de su brazo para hacer oír los mazazos que descargaba sin cesar. Al fin se calmó el escándalo promovido por el público, y Salters, dirigiéndose al jurado, advirtió:

-Los señores del jurado no deben prestar demasiado valor a la prueba que acaban de asistir. Siendo prácticamente imposible reproducir condiciones idénticas a las que existían en el momento en que mató a Max Clymer, la prueba realizada sólo puede ser sugeridora, nunca demostrativa.

Covarrubias iba a protestar, pero inclinándose hacia él, César de Echagüe dijo:

-No insista, licenciado. El señor juez tiene hoy mal humor y no quiere que le priven del gusto de condenar a muerte a alguien; por fortuna, no es él quien debe decidir, sino el jurado. Las leyes norteamericanas son muy interesantes.

Salters fulminó con una mirada a César, y luego indicó a Covarrubias que podía seguir su defensa.

-No es necesario -dijo el abogado-. Creo que el jurado está ya plenamente convencido de la inocencia de mi defendido.

Ocupó su puesto el fiscal y con voz tonante, y creyendo que sus argumentos servían para probar la razón de sus acusaciones, perdió una hora vociferando contra Luis María. Al fin, secándose el sudor que bañaba su frente, retiróse, cediendo el puesto

a la defensa.

Covarrubias enfrentóse de nuevo con el jurado:

-Ustedes y yo sabemos que Luis María Olaso es inocente del crimen que se le acusa. Cometió un homicidio, pero en defensa de una mujer. Como lo hubiera hecho cualquiera de nosotros. Por lo tanto, si tienen en cuenta eso, dictaran el único veredicto honrado.

El juez Salters dirigió unas breves palabras a los miembros del jurado y los despidió para que deliberasen.

No se molestó en hacer desalojar la sala y tampoco demostró ninguna extrañeza cuando se anunció a los veinte minutos que el jurado había llegado ya a un acuerdo.

Con una sonrisa, Salters preguntó al portavoz del jurado:

-¿Han llegado a una decisión?

-Sí, señor -contestó casi sin voz el interrogado.

-¿Cuál es su veredicto?

Al hacer esta pregunta, Salters sonrió y Koster le imitó. Pero el estupor borró ambas sonrisas cuando el presidente del jurado declaró:

-Hemos reconocido «no culpable» al acusado, y aconsejamos su inmediata libertad

Salters miró como atontado a los doce hombres, que a su vez le miraban con expresión de infinito espanto, y sólo cuando el griterío de la sala alcanzó proporciones épicas procedió a restaurar el orden y a decretar la libertad del acusado.

Luis María acudió hacia su abogado y le estrechó calurosamente la mano, mientras César decía, con una sonrisa y dirigiéndose a Leonor.

-Siempre he dicho que las leyes norteamericanas eran muy útiles. Todo depende de saberlas utilizar como es debido. Adiós, Luis María.

Capítulo X

Otra visita al juez Salters

West Bradley, que había sido presidente del jurado, miró, lleno de espanto, a los dos hombres que tenía frente a él. Tanto el juez Salters como el *sheriff* Koster se hallaban en un violento estado de furia exacerbada.

Koster empuñaba un vergajo y rugía:

-¡Me dirás la verdad, aunque tenga que arrancarte a tiras el pellejo! ¿Quién os pagó para que dieseis aquel veredicto?

-¡Nadie, señor Koster! -tartamudeó el infeliz, retrocediendo ante el vergajo.

La mano derecha del *sheriff* descargó un vergajazo que hizo aparecer una roja línea en el dorso de la mano derecha de Bradley, que había tratado de defender el rostro contra el bestial golpe.

-¡Contesta! -ordenó Koster-. Quiero saber la verdad.

-Fue un veredicto unánime -quejóse el infeliz.

-Ya lo sé -intervino Salters, cuyo rostro tenía una expresión más canallesca que de costumbre-. Pero todos, unánimemente, recibisteis una orden...

-El defensor dijo... -comenzó Bradley, vacilando.

No pudo seguir, porque un golpe le cruzó el rostro, haciéndole lanzar un alarido de dolor.

-No sigas con esa tontería -ordenó Koster-. ¿Quieres hacerme creer que ese abogaducho os convenció con su teatralismo? ¡Bah! Sabíais demasiado bien a lo que os exponíais si dabais un fallo adverso. Pero no importa -siguió el *sheriff-.* Eso ya está y no tiene remedio. Tampoco se ha perdido gran cosa; pero están ocurriendo sucesos muy extraños y nos interesa conocer la verdad. ¿Quién os ha pagado el veredicto? ¿Don César?

-¡No, no! ¡Le juro que no!

-¡No jures, imbécil! ¿Cuánto os dio don César? ¿Cien dólares?

-No, señor Koster, no nos dio nada. ¡Le juro...!

Koster descargó otro vergajazo contra el rostro de Bradley y mientras éste, sollozando como una mujerzuela, se refugiaba en un rincón, el *sheriff* volvióse hacia el juez.

-¡Llevamos tres horas así! -dijo-. Son las once de la noche y aún no hemos podido sacarle la verdad del cuerpo.

Salters acarició se la barbilla.

-Quizá empleamos un sistema equivocado -dijo-. Bradley ha sido siempre un hombre de confianza. Si nos ha traicionado no ha sido por dinero. Suponiendo que don César le hubiera dado mil dólares, podría haberle traicionado tranquilamente después de haberse embolsado el dinero. Y si Echagüe, que al fin y al cabo es el más sospechoso, pues es el más rico, hubiera dispuesto las cosas de forma que no hubiese entregado el dinero hasta después del juicio, ahora ya está terminado, y Bradley hablaría.

-¡Y hablará! -gritó Koster.

-Con violencias no conseguirás nada. Por como te mira, advierto que Bradley no te tiene tanto miedo como lo profesa a otra persona. Hay alguien que le asusta más que tú.

-¿Qué quieres decir?

-Que al jurado no se le compró con dinero, sino con miedo. Durante todo el juicio noté que los doce hombres que componían el jurado estaban más preocupados por el miedo que por lo que oían. ¿Quién ha sido capaz de asustarles así? Eso es lo que nos interesa saber.

-Tal vez don Gregorio...

-¡Bah! -rió Salters-. Don Gregorio Paz no asusta ya a nadie. Es perro muy ladrador; pero todos saben que no puede morder. Le expulsarían de Los Ángeles y le devolverían a Méjico. Don Gregorio, o don Goyo, grita mucho y asusta a los que se dejan asustar; pero no ha sido él quien ha metido el pánico en el cuerpo a los doce jurados. Es otra persona. La misma que nos libró tan oportunamente de Perkins.

-A Perkins lo mataron los hombres de don Gregorio.

-¡Imbécil! -gruñó el juez- ¿No me dijiste tú mismo que al día siguiente los *Lugones* sudaban dinero? Alguien supo la verdad, o adivinó las intenciones de Perkins y envió a aquellos hombres a defender a Covarrubias.

-Detendré a los *Lugones...*

-Parece como si de pronto te hubieses vuelto imbécil. No son los *Lugones* quienes nos han de decir la verdad. Ésos callarían aunque les pasáramos por el cuerpo

un hierro candente. Bradley nos dirá quién le amenazó.

El juez dirigióse hacia el rincón donde estaba West Bradley.

-Óyeme, Bradley -dijo-. Sabes que somos tus amigos. Saldrás ganando si nos dices quién te amenazó. Si es alguno de Los Ángeles, te daremos mil dólares y un pasaje para San Francisco. Sólo queremos saber a quién tenemos que vigilar. ¿Quieres decirnos quién te amenazó a ti?

-Yo mismo se lo diré, juez Salters -dijo una voz detrás de los dos hombres.

Salters y Koster se volvieron, encontrándose frente a un enmascarado que los encañonaba con un negro revólver lleno de incrustaciones de oro.

-¡*El Coyote...*! -exclamaron a la vez.

El enmascarado sonrió.

-Ustedes lo han dicho. Supongo que no esperaban mi visita.

-Pero... -tartamudeó Koster-, *El Coyote...* murió... Usted es un impostor...

Dos disparos resonaron casi al mismo tiempo. *El Coyote* quedó envuelto en una nubecilla de blanco humo, y el irritante olor de la pólvora negra extendióse por la estancia.

Lanzando un grito de dolor, Koster y Salters habíanse llevado la mano izquierda a la oreja correspondiente. La sangre les resbaló del cartílago destrozado por la gruesa bala.

-¡La marca del *Coyote*! -gimió Bradley.

-Si quieren, les marcaré la otra oreja -sonrió el enmascarado.

-¡*El Coyote*! -exclamaron Salters y Koster.

-Sí, he resucitado de entre los muertos para castigarles -declaró *El Coyote,* avanzando hacia los dos hombres.

Empuñaba con firme pulso el revólver y su mano izquierda descansaba sobre la culata del otro.

Salters le miraba fijamente, tratando de penetrar su identidad. De pronto, al bajar la vista hacia el revólver, estuvo a punto de lanzar una exclamación de asombro. En seguida dominóse, aunque temiendo que los acelerados latidos de su corazón le denunciasen.

-He estado escuchando su instructiva charla -siguió *El Cayote-.* Veo que tienen miedo y que no esperaban mi reaparición. Pensaban que era una suerte que *El Coyote* hubiera muerto, pues así podrían ustedes continuar el provechoso negocio iniciado por cierto general Clarke, convertido ahora en proscrito. Pero como a él, les ha fallado el negocio. Primero, con la muerte de Perkins, cuyas propiedades no podrán recuperar, porque mañana tendrán que salir los dos de Los Ángeles y no podrán hacer las triquiñuelas necesarias para apoderarse de ellas.

-¿Qué quiere decir?-preguntó Koster.

-Lo que han oído. Si mañana por la noche están ustedes aquí, iré a buscarles y repetiré los disparos de esta noche, sólo que apuntándoles entre ceja y oreja.

-Está bien, nos marcharemos —dijo Salters-. Tiene usted todos los triunfos en la mano.

-Es usted inteligente, señor juez. Pero se engaña si se cree que se va a marchar así. Quiero que me entregue todo el dinero que guarda en su despacho. Pasemos a él y vaciemos su hermoso cofre. Han hecho ustedes mucho daño y van a repararlo. También extenderán un contrato de venta de todas sus tierras y un recibo por la suma en que las valoren.

-¿Nos deja en la ruina? -preguntó Salters.

-Sí. Y den gracias al Cielo, porque al menos les dejo la vida.

Salters abrió el cofre fuerte de recia madera de caoba y reforzado con anchos

bandajes de hierro, y de su interior sacó varias bolsas llenas de monedas de oro.

-Seis mil dólares -dijo-. Lo demás está en el Banco de San Francisco.

-Veo que va a salvar algo -sonrió *El Coyote-.* No importa. Extienda ahora la cesión de sus propiedades. Y haga lo mismo con las de nuestro *sheriff.* Luego él firmará la venta.

Cada vez que Salters levantaba la cabeza, veía a unos centímetros de él el negro revólver, cuya pavonada superficie estaba sembrada de dibujos en oro incrustado. Al volver a escribir, una astuta sonrisa iluminaba su rostro.

Al fin terminó y firmó los documentos, tendiendo los otros a Koster para que hiciera lo mismo.

-Ya está -dijo al quedar firmados los documentos-. Un cuarto de millón en tierras.

-Irán a manos de gente que las merecen más que ustedes. Vuélvanse de espaldas.

Koster y Salters obedecieron. Un momento después notaban cómo la mano izquierda del *Coyote* les palpaba las ropas, buscando las armas que pudieran tener ocultas. Luego Koster sintió que le arrebataban el revólver que llevaba en la funda.

Pasaron los minutos y, no oyendo ningún ruido, al fin Salters y Koster se volvieron. Estaban solos.

-¡Maldito! -rugió Koster-. Me las pagará, aunque tenga que esperar diez años...

-No tendrás que aguardar tanto... -sonrió el juez-. Ven.

Pasaron a la habitación donde fueron sorprendidos por *El Coyote.* Bradley había desaparecido.

-No importa -dijo Salters-. Sé quién es *El Coyote* y sé lo que nos conviene hacer...

-¿Quién es? -gritó Koster.

-De momento no te excites. Conviene tomar las medidas para que el cuarto de millón que nos han robado vuelva a nosotros convertido en quince o veinte millones.

-¡Eh!

-No tenemos tiempo que perder. ¿Sabes utilizar un rifle?

-Claro...

-¿Bien?

-Soy el mejor tirador de rifle que existe en California.

-Pues bien, te voy a entregar el mejor rifle que se ha visto en estas tierras. Toma.

De un armario empotrado en la pared, Salters sacó un largo rifle.

-Es alemán -dijo-. Dispara hasta mil quinientos metros. Un buen tirador no debe fallar el blanco. Toma.

Mientras hablaba, Salters entregaba el largo rifle a su compañero. Y él, por su parte, se guardaba en cada uno de los bolsillos de la negra levita que vestía un revólver de corto cañón y grueso calibre.

-Escucha bien lo que voy a decirte -siguió luego-. Tomarás el mejor caballo y...

Capítulo XI

El Coyote en peligro

El Coyote dio unas palmadas en la espalda de Adelia y repitió sus instrucciones:

-Ya sabes lo que has de hacer. Repartirás este oro entre los que han sido despojados de sus tierras; luego, cuando tenga en orden los títulos de propiedades, les serán enviados y recobrarán lo que fue suyo. Si ocurriera algo importante, avísame como ya sabes. De lo contrario no volveré a aparecer.

-¿Vuelve el señor a su escondite?

-Sí. Por ahora ya hemos jugado bastante. Si Salters y Koster se marchan, esto volverá a quedar en paz.

-¿Y si no se marchan? -preguntó la india.

-Entonces, mañana, a las nueve de la noche, avisa a los *Lugones* y a algunos más. Pero estoy seguro de que el juez y el *sheriff* huirán.

La campanita de la iglesia de Nuestra Señora, cerca de la plaza, dobló dos veces.

-Las dos de la madrugada -murmuró *El Coyote-.* Adiós, Adelia.

-Buena suerte, señor -replicó la india.

Después de asegurarse de que la calle estaba solitaria, *El Coyote* salió montado en su caballo y partió al galope hacia el rancho. Lo tardío de la hora le permitía galopar por la carretera que conducía al rancho. Su única precaución fue aflojar las correas que sujetaban su rifle a la silla de su montura. La tardía luna flotaba en un cielo cubierto por finos retazos de nubes... Una paz infinita reinaba sobre la tierra. El batir de los cascos del caballo debía de llegar hasta muy lejos. Antes de llegar a los límites del rancho de San Antonio, *El Coyote* tendría que desviarse por las tierras blandas, a fin de evitar que Leonor pudiera oírle.

Por fortuna, aquélla era la última salida del *Coyote.* Desde el siguiente día, volvería a ser un hacendado considerado por todos como muy pacífico e incapaz de realizar ninguna de las hazañas que se achacaban al *Coyote.*

Media legua antes de llegar al rancho, veíase una colina en cuya cima crecían unos cedros. La luna recortaba el perfil de la montañita y *El Coyote* iba a dirigirse hacia la izquierda para seguir un sendero que acortaba el camino hacia el rancho, cuando un disparo quebró el silencio de la noche.

El caballo del *Coyote,* que se había detenido un momento, dio un salto y cayó al suelo, derribando a su jinete.

El Coyote había saltado a tiempo y su reacción fue fulminante. Desechando el revólver, que sabía inútil, corrió a empuñar el rifle. Al parapetarse detrás del cuerpo de su caballo, notó que el animal había dejado de vivir.

El disparo procedía de la colina.

Todos los movimientos del *Coyote,* fueron realizados sin ninguna precipitación. No obstante, apenas habían transcurrida quince segundos desde el momento en que el caballo se desplomó herido y el momento en que *El Coyote* levantó el percutor de su rifle Sharps y apuntó hacia lo alto de la colina.

De allí había llegado el disparo. *El Coyote* apoyó el pesado rifle sobre el inmóvil cuerpo de su caballo y esperó el siguiente disparo o algún movimiento que le permitiera localizar a su agresor.

La colina era de suave pendiente y estaba cubierta de arbustos en flor. En la cumbre se levantaban unos cedros de brillante verdor.

El Coyote buscó entre ellos algún punto blanco que acusara la presencia de una camisa o un rostro. Sus agudos ojos trataban de advertir alguna diferencia en el color imperante en lo alto de la colina.

Al mismo tiempo, su dedo acariciaba impaciente el gatillo del rifle.

Sabía que le resultaría imposible ver todo el perfil o la silueta de su enemigo; pero sabía también que la bala que guardaba en el cañón de su rifle era lo bastante pesada para inutilizar a un hombre, aunque no le alcanzara en un punto vital.

Transcurrieron los segundos, y luego los minutos. *El Coyote* estaba caído en un punto umbroso y la negrura de su ropa y de su caballo le hacían prácticamente invisible.

El autor del disparo debía estar aguardando algún movimiento del *Coyote* o que éste, creyendo que su atacante habíase marchado ya, se confiara y saliera a descubierto...

La luz de la luna reflejóse un instante, en lo alto de la colina, sobre una tela blanca. Fue sólo un brevísimo destello, pero *El Coyote* no necesitaba más. Su dedo apretó el gatillo y el potente Sharps, sobrecargado, vomitó una pesadísima bala de plomo. Dentro de aquella bala hallábase un trozo de acero destinado a dar mayor penetración al proyectil.

Un silencio absoluto siguió cuando se apagaron los ecos de la detonación. *El Coyote* dejó el rifle junto al cuerpo de su caballo y, abandonando el refugio que éste podía prestarle, deslizóse velozmente hacia la colina, la escaló a la carrera y diez minutos después llegaba a la cumbre. Había empuñado el revólver y estaba atento a cualquier posible agresión.

Al llegar junto a los cedros comprendió que ya nada tenía que temer de su adversario. Estaba caído de bruces contra el suelo. Junto a él se encontraba un largo rifle. La sangre había manado en abundancia de la terrible herida producida por la bala del Sharps.

El Coyote se inclinó sobre el muerto y lo volvió sobre la espalda. Sintiendo que el corazón se le paralizaba, tuvo que morderse los labios para contener un grito.

El rostro del muerto era el del *sheriff* Koster.

Mil temores y explicaciones bulleron en el cerebro del *Coyote.* ¿Qué significaba aquello?

La luz de la luna reflejábase en el revólver, que todavía empuñaba. Los ojos del *Coyote* se fijaron en el arma.

Un vago recuerdo empezó a abrirse paso en su cerebro.

El revólver.

Era el mismo con que había disparado contra Koster y Salters en casa de éste. Sí... El juez lo había examinado con extraña atención. Aquel revólver había estado antes en... ¡Sí! En el buró donde Salters escribió la nota de entrega del preso Luis María Olaso al *sheriff* Koster. Aquella noche, Salters tuvo el arma a pocos centímetros de sus ojos. Pudo examinarla detalladamente. Pudo notar la magnífica labor de dorado, y si aquella noche había recordado el arma, debió de recordar, también, que pertenecía a César de Echagüe, o sea, que había descubierto la verdadera identidad del *Coyote.*

Por primera vez en su vida, *El Coyote* sintió que el miedo le helaba la sangre en las venas. Koster había disparado sobre él... O acaso sólo disparó sobre el caballo. En ese caso, el disparo iba destinado mas a retrasar la llegada del *Coyote* que a matarlo...

Enfundando el revólver, *El Coyote* descendió a la carrera la ladera de la colina, en dirección al rancho de San Antonio.

* * *

Leonor fue la primera en oír la recia llamada a la puerta principal del rancho. Ladraron unos perros; pero nadie pareció haber oído la llamada.

Cubriéndose con la bata de vicuña, Leonor avivó la llama del velón y calzándose los mocasines salió de su cuarto.

Al pasar frente al de César, creyó oír un ruido dentro. Tuvo que morderse los labios para contener un sollozo de angustia.

Cuando bajaba por la amplia escalera, la llamada volvió a soñar en la puerta.

Antes de ir a abrir, Leonor encendió las velas de un gran candelero de plata.

Dejando el velón sobre una mesita, fue hacia la puerta y abrió la mirilla.

-¿Quién? -preguntó.

-Soy yo, señora -contestó una voz-. El juez Salters. Deseo hablar con su esposo. Ha ocurrido algo muy grave. Va a haber una sublevación...

Leonor abrió la puerta, cuidando de hacer el mayor ruido posible, a fin de dar tiempo a César a hacer salir de su cuarto a aquella maldita mujer que todas las noches subía a compartirlo con él. Por lo menos, se evitaría una vergüenza mayor.

Salters entró en el vestíbulo del rancho y cerró la puerta tras él. Con extraña sonrisa, preguntó:

-¿No está su marido?

-Descansa -contestó fríamente Leonor.

-¿De veras?

Una irónica y cascada risa brotó de los labios del juez.

-Muy curioso -dijo-. Yo imaginaba que en estos momentos su esposo no estaría, precisamente, descansando.

-¿Qué insinúa usted?

Leonor hablaba con herido orgullo.

En aquel momento llegó del exterior el eco de un disparo.

-¿Ha oído? -preguntó Salters.

-¿Qué?

-Un disparo.

-Sí, lo he oído. Alguno de nuestros centinelas habrá disparado...

-¿Sobre un coyote? -preguntó con dura sonrisa el juez.

Leonor retrocedió, como si hubiera recibido un golpe en pleno pecho.

-¿Le ocurre algo, señora? -siguió Salters-. ¿Es que le afecta la posible muerte de un coyote cualquiera?

Leonor seguía callada, tratando de dominar los terribles latidos de su corazón.

-¿O es que no se trata de un coyote cualquiera? -preguntó el juez-. ¿Acaso de un coyote muy especial?

-Le ruego, señor Salters, que salga de esta casa y vuelva en otro momento más oportuno.

-Dudo mucho que pueda yo llegar en un momento más oportuno que éste. Y si realmente desea echarme de su casa, puede hacer bajar a su esposo, y sin duda él podrá echarme.

-Mi esposo está descansando.

-He oído decir que no duermen ustedes en la misma habitación. ¿Cómo sabe usted que se encuentra descansando y no... haciendo de coyote?

La verdad se estaba abriendo paso a golpes terribles hasta el cerebro de Leonor.

-Mi esposo descansa -dijo, casi sin voz ya.

-Repite usted siempre lo mismo, señora.

Una nueva detonación resonó en el exterior.

-Otro coyote muerto, sin duda -sonrió Salters-. Temo que abunden demasiado los coyotes. Por fortuna, mi amigo, el *sheriff* Koster, ha organizado una buena batida. Dentro de media hora, un centenar de batidores habrán rodeado el rancho, a fin de acabar con los coyotes que lo infestan. Es un favor que ustedes deberán agradecernos. Pero ¿qué le sucede? ¿Está usted enferma? ¿A qué viene esa palidez? ¡Por Dios, señora!

Ya sé que los coyotes son muy dignos de vivir, pero tenemos derecho y obligación moral y material de matarlos a todos. El coyote es muy peligroso.

-¿Sólo ha venido a decirme eso?

-No. -La expresión de Salters varió-. He venido a decir mucho más. Basta de estúpidos rodeos. Vayamos rectos al grano. Señora, ¿ve la herida que tengo en la oreja izquierda?

Leonor asintió.

-Perfectamente. Pues la debo a su marido. Al *Coyote,* si lo prefiere.

-No comprendo...

-No me importa que comprenda o no. La verdad se ha descubierto. La he descubierto yo. Su marido me ha robado un cuarto de millón de dólares. Pues bien, ha llegado el momento, no de restituir lo robado, sino de dar mucho más. Este rancho vale treinta millones. Pues bien, lo acepto como restitución de lo que se me ha robado. Lo acepto por mi silencio. Su marido se encuentra ahora acorralado. Hasta que yo haga una señal, no podrá llegar aquí. Si tardo más de media hora en hacer la señal, llegarán los hombres del *sheriff* y le capturarán. Y puede estar segura de que no tardarán mucho en hallar un árbol...

-¡Por Dios, cállese usted! -gritó Leonor.

-¿Acepta mis condiciones? Mi silencio a cambio del rancho.

-Yo no puedo cederle el rancho...

-Usted será propietaria de un rancho tan valioso como éste. Aquí tiene un acta de cesión del rancho Acevedo. Fírmela y cuando su esposo extienda un acta de cesión por este rancho, yo la canjearé por el de usted. No creo que don César de Echagüe...

-¡No se mueva! -ordenó una voz, detrás del juez.

Este volvióse, sonriente, y preguntó:

-¿También tú adoptas actitudes heroicas, Julián?

-Le voy a matar -dijo el fiel criado.

-Y matarás a tu amo -replicó el juez.

Julián vaciló. La pistola que empuñaba tembló en su mano.

-Sí, Julián, nos tiene en sus manos -gimió Leonor-. Es inútil pretender disimular...

-Hace usted bien, señora. Su actitud es inteligente...

-¿Qué sucede, mi querida esposa?

Aunque nadie le había oído, César de Echagüe acababa de aparecer en lo alto de la escalera. Detrás de él avanzaba Guadalupe Martínez.

El ranchero vestía un pantalón negro, chaleco bordado y camisa de blanca seda. Por primera vez en su vida, como César de Echagüe, llevaba un revólver en el cinto.

Guadalupe, cuya mortal palidez acentuaba la negrura de sus trenzas, le seguía, temblando de inquietud.

-¿Usted?

El juez estaba muy turbado.

-Creí que dormía... -tartamudeó.

-¿Cómo es posible dormir con tanto disparo en el exterior y una discusión tan desagradable en el interior de mi casa?

-Está bien... me marcho...

Salters volvióse como para dirigirse a la puerta y, de pronto, colocándose detrás de Leonor, empuñó uno de los revólveres que llevaba en los bolsillos de su levita y, protegido por el cuerpo de la esposa de César, anunció, con triunfal carcajada:

-¡Está perdido, *Coyote*! Dentro de poco, cien hombres llegarán aquí.

-Se engaña usted, Salters. No llegarán. Su amigo Koster no tuvo tiempo de ir a

avisarlos. Se lo impidió una bala...

Salters comprendió la verdad. La jugada se volvía contra él, Koster había recibido orden de detener al *Coyote,* matándole el caballo, y, de mantenerlo inmovilizado en la carretera hasta que Salters diese, con un disparo, la señal de que Leonor estaba dispuesta a ceder, o, con dos, la de que era necesario avisar a las fuerzas del *sheriff.* Entonces, éste, dejando a César de Echagüe, volvería a Los Ángeles para organizar en regla la batida. Pero si había muerto...

El dedo que apretaba el gatillo del revólver empezó a curvarse. El juez estaba separado de don César por unos seis metros. El disparo no podía fallar, y, por lo menos, Salters esperaba salvar la vida...

La caída del percutor coincidió con el grito de Guadalupe al colocar su cuerpo frente al del *Coyote.* Sonó el disparo y la muchacha lanzó un gemido, cayendo contra César e impidiéndole desenfundar su revólver.

Al mismo tiempo, Leonor empujó violentamente a Salters, en el momento en que el juez disparaba de nuevo, y la bala se perdió contra el techo.

Julián, con demasiada precipitación, hizo dos disparos y falló ambos.

Otra vez disparó el juez, pero la bala perdióse sobre la cabeza de César, que se había inclinado desenfundando su revólver. Sólo hizo un disparo. Salters, que se encontraba ya junto a la puerta, giró sobre sí mismo y quiso levantar el arma que empuñaba. Pero la fuerza y la vida se le escapaban con la sangre que manaba de la herida que tenía sobre el corazón. Quiso decir algo, movió los labios y, por fin, desplomóse, quedando en el umbral como un trágico pelele.

Epilogo

La noticia circuló en seguida por Los Ángeles. *El Coyote* había asaltado el rancho de don César, sin duda para vengar la actuación de éste contra Luis María. Antes de llegar mató al *sheriff* Koster, que le aguardaba emboscado. Luego mató al juez Salters, y no pudo matar a don César porque Guadalupe Martínez se había interpuesto entre los dos hombres. Después, la oportuna llegada de Julián le puso en fuga.

-*El Coyote* no hubiera huido -comentaba Timoteo *Lugones-.* En todo caso, sería un infeliz que ha querido hacerse pasar por *El Coyote.* Todos sabemos que *El Coyote* ha muerto.

Su interlocutor no estaba muy seguro.

-Mató a Koster. Y el *sheriff* era un tirador formidable.

-Lo mató por casualidad -replicó *Lugones-.* Y al juez Salters cualquiera hubiese podido matarle.

Lo más extraño era que Luis María Olaso no decía nada en contra de don César. Por el contrario, afirmaba a todos que le debía la vida y que gracias a su auxilio, ahora podía vivir en libertad, en vez de ir huyendo por los montes.

-Si *El Coyote* existiese, hubiera sabido que don César era buen amigo mío y que hizo lo preciso para favorecerme.

Como esto tenía mucho sentido, al fin, todos admitieron que no debía de ser *El Coyote,* sino alguien que había usurpado su personalidad. Con el calor del mediodía, la

calma volvió a Los Ángeles, y todo el mundo marchó a sus casas para vestirse debidamente. Era necesario asistir al entierro del *sheriff* y del juez. No siempre morían al mismo tiempo dos personajes tan importantes.

Mientras tanto, en el rancho de San Antonio, don César y Leonor estaban en la habitación donde Guadalupe se reponía de su herida, que, por fortuna, era mucho menos importante de lo que se había temido al principio. Pronto estaría curada.

Leonor, comprendiendo al fin la verdad y la locura de sus estúpidos celos, había pedido perdón a Lupe y ahora, al salir de su habitación, apoyó la cabeza contra el hombro de su marido, murmurando:

-¡Qué tonta fui! Sentí unos celos tan locos... ¿Por qué seremos así las mujeres enamoradas de sus maridos?

-Tal vez porque son las que más aman a sus esposos -sonrió don César de Echagüe.

El aire jugaba con la suelta cabellera de Leonor de Acevedo, en tanto que, en su habitación, Lupe pensaba que hubiera sido muy hermoso dar la vida por el hombre de quien, contra todas sus fuerzas, estaba enamorada, y cuyo amor no tenía derecho a esperar jamás.

El aire de la primavera no traía para todos alientos de vida y esperanza.